

Саво

A decorative laurel wreath is positioned to the left of the title, partially overlapping the letter 'С'.

12

La obra larga y madura de Constancio C. Vigil puede ser ya considerada como un conjunto orgánico; tal es la labor que se impone en las primeras páginas de este número 12 de LAYE nuestra colaboradora Concepción S. Amor.

Nada hay que sea puro perfil: todas las cosas tienen dos caras. El canónigo Dr. Montagut quiere descubrir tres o cuatro al problema del regionalismo. Con este artículo cierra el ilustre reverendo su serie sobre «polinacionismo».

Tardaba LAYE en ofrecer un nido a la poesía: Francisco Gali y Jaime Ferrán inauguran nuestra página poética.

¿Nada nuevo bajo el Sol? ¡Si el mismo Sol es nuevo cada mañana! José M.^a Castellet descompone para nosotros la nueva luz que alumbra hoy al novelista.

Como de costumbre, LAYE pasea ENTRE SOL Y SOL su mirada por el globo, bajo la presidencia emblemática de una frase del viejo Heráclito. El cual, sin duda, se halló muy lejos de sospecharse insignia de tema tan revolucionario como el que P. Villalpando le obliga a presidir.

1.

EL GRAN PEDAGOGO SURAMERICANO CONSTANCIO C. VIGIL

El intercambio cultural hispano-americano está hoy a la orden del día. Ha sido mucho celebrado en España un Congreso Iberoamericano de Salamanca. No cabe duda si no el intercambio cultural de los pueblos, el mejor medio de entendimiento y apreciación mutua, el conocimiento de los valores cívicos de uno y otro lado, el amor a la patria y comprensión de los espíritus poderosos que en sus pueblos respectivos imprimen su sello a las épocas en que viven?

Entre los hombres hoy de más de las personalidades más importantes de la vida espiritual y no sólo espiritual de la América hispana de América Latina, me refiero a Constancio C. Vigil, el gran filósofo argentino-uruguayo tan conocido de toda América. Desde el de una cultura hasta el de cultura mediocre y tan poco conocida, todos aquellos que tanto nos preciamos de cultivar el hispanoamericano.

Presentación

Constancio C. Vigil nació en Rocha, departamento de Rocha, el 1 de septiembre de 1878. Su padre, abogado y periodista, "La Luz", donde Vigil comenzó su vida como la de un niño, como víctima de la bala de un asesino pagado por el crimen. Desde el niño constaba de muchos rasgos.



MARZO-ABRIL DE 1951

En su vida, Vigil se dedicó a la literatura y a la pedagogía. Su obra más importante es "El alma de la patria", donde expone su visión de la vida y la cultura de los pueblos de América.

1.

EL GRAN PEDAGOGO SURAMERICANO CONSTANCIO C. VIGIL

El intercambio cultural hispano-americano está hoy a la orden del día. No hace mucho, celebróse en España un Congreso Ibero-americano de Educación. ¿No constituye el mejor intercambio cultural de los pueblos, el mejor medio de comprenderse y apreciarse mutuamente, el conocimiento de los valores cumbre de uno y otro lado, el conocimiento y comprensión de los espíritus poderosos que en sus pueblos respectivos imprimen su sello a las épocas en que viven?

Pues ocupémonos hoy de una de las personalidades más influyentes en la vida espiritual, y no sólo espiritual, de la América hispana de nuestros días. Me refiero a Constancio C. Vigil, al gran filósofo pedagogo argentino-uruguayo tan conocido de todo americano, desde el de alta cultura hasta el de cultura mediocre, y tan poco conocido entre nosotros que tanto nos preciamos de cultivar el hispano-americanismo.

Personalidad

Constancio C. Vigil nació en Rocha, departamento uruguayo, el 4 de septiembre de 1876. Su padre, abogado y periodista director de "LA LEY", único diario que elevaba su voz contra la dictadura de Latorre, cayó víctima de la bala de un sicario pagado por el bando contrario, cuando el niño contaba no muchos meses.

Y este niño, al que las pasiones desbordadas que convierten al hombre en irracional, dejaron huérfano en la cuna, apenas hombre, consagra con plena voluntad su vida toda a la verdadera libertad de los pueblos de América.

Sigue para ello una línea muy distinta de la paterna. El torrente pasional del padre, en el hijo se convierte en honda y fecundante vena que corre profunda, mansa y sin descanso, acreciéndose continuamente con los años. El padre trata de enardecer a sus lectores con brillantes párrafos que les arrastren a la acción política; el hijo se dirige suave y razonablemente al corazón de todas las gentes, hablándolas en un lenguaje a la vez entrañable, dulce e inflamado. En un lenguaje, verdadera obra maestra de elevación y de sencillez. En un lenguaje, que como partiendo del intelecto apunta directamente al corazón, es tan comprensible para el hombre sencillo como para el hombre cultivado, pues que en el hombre inculto hace resonar la cuerda entrañable de la sabiduría popular cordialmente alimentada; en tanto que en el sabio, con resonancias más hondas, llega a la fuente pristina de donde nacen las verdades eternas que generan los pensamientos más elevados.

Debido sin duda a tan fundamental cambio de dirección, el destino filial ha sido muy distinto del paterno. La bala homicida acalla brutalmente la voz ardiente e inflamada del padre; en tanto que la cordial, mansa e intensísima labor del hijo, se amplía año tras año, y con el tiempo, sus ondas, franqueando los límites del mundo hispano americano, alcanzan resonancia mundial.

Su obra cumbre, *EL ERIAL*, no sólo anda ya por las treinta ediciones en español, sino que ha sido ya vertida al francés, inglés, alemán, italiano y portugués. Al inglés ha sido también vertida su *VIDA ESPIRITUAL* y nada demuestra mejor la calidad excelsa de su labor que la concesión de la *CRUZ PONTIFICIA LATERANENSE DE ORO*, primera de su clase concedida en Argentina: "Teniendo conocimiento de los grandes méritos de Vuestra Señoría como escritor y educador de inspiración cristiano católica, estimadísimo en la Argentina y en otros países —dice el decreto de concesión (dos de mayo de 1949)— con la autoridad y en nombre del SUMO PONTIFICE, decretamos para ti la condecoración supra dicha de primera clase... En nombre del Reverendísimo capítulo de la Archibasílica de San Juan de Letran, le comunico esta noticia y me congratulo con Vuestra Señoría por los méritos que hacen de ella un dignísimo "Cruzado Lateranense".

Desenvolvimiento de su labor

Siguiendo la tradición familiar, muy joven cursó Vigil, en Montevideo, leyes, y a continuación, siguiendo sin duda su propia vocación, cursó letras. Publicó en seguida diversos trabajos en la revista de José Enrique Rodó y en otros diarios y revistas uruguayos y argentinos, pues sintiendo vivamente la comunidad de destino de los pueblos ibero-americanos, desde muy pronto trató de rebasar fronteras y de llevar a sus lectores al sentimiento colectivo de esta unidad

espiritual, indispensable para llegar a la consecución del destino histórico.

En 1901, funda la revista político-literaria, LA ALBORADA, primera de sus numerosísimas fundaciones; en 1911, ya en Buenos Aires, que ofrecía más extenso campo a sus actividades y que será en lo sucesivo su centro de acción, funda MUNDO ARGENTINO, que dirige durante siete años y la revista EL HOGAR que todavía dirige hoy. En 1915, aparece su revista EL GRAFICO y la infantil BILLIKEN; en 1922 la femenina PARA TI; más tarde MUNDO AGRARIO y LA CHACRA, para agricultores; el GOLFER ARGENTINO y MUNDO DEPORTIVO para deportistas, pues aspira nada menos que a suministrar lecturas adecuadas, según su condición, a casi todos los sectores del pueblo argentino. En 1918 comienza la creación de la gran empresa EDITORIAL ATLANTIDA, hoy una de las primerísimas editoriales argentinas. Comienza modestamente pero con gran entusiasmo. Trabajan con él pocos hombres, pero inapreciables. El sabe mover como nadie la palanca específica de cada uno, sabe inspirarles, convencerles... Sabe aprovecharles y entre todos transforman en siete años a la modesta oficina primitiva en la colosal empresa a la que, para albergar todas sus dependencias, apenas le basta hoy con una manzana completa de edificios de la gran capital.

Paralelamente con esta gran actividad práctica, su pensamiento cristaliza en múltiples y magistrales obras, siguiendo dos direcciones complementarias entre sí: la filosofía moral y la educación. Aspira nada menos que a iluminar y conducir las almas: al servicio de tan noble tarea brillan sus dotes de literato y de humanista en el más amplio sentido del vocablo. Al servicio de esta tarea pone su fecunda imaginación y su estilo simple, bello, lleno de sugerencias; su estilo que cala tan hondo en el alma y la llena de luz. De estas obras como pensador, la cumbre es EL ERIAL, llamada también BIBLIA LAICA, escrita en 1915. La siguen AMAR ES VIVIR, LAS VERDADES OCULTAS, VIDAS QUE PASAN...

A la dirección esencialmente educativa corresponden: LA EDUCACION DEL HIJO y LAS ENSEÑANZAS DE JESUS, sin contar sus magníficas obras para niños entre las que su VIDA ESPIRITUAL, ya vertida al inglés, es una verdadera obra maestra y sus muchos y deliciosos cuentos infantiles.

El hombre práctico, crea durante un período de su vida casi revista por año y en siete convierte una modesta empresa en una gran editorial. El lírico, a la vez que escribe sus libros inimitables convierte a sus colaboradores en accionistas. ¿Cabe una más perfecta integración de la síntesis pensamiento-acción?

Ciertamente que su capacidad de realización corre parejas con la de pensamiento, pero en el fin subordina con muy buen acuerdo la primera a la segunda. El hombre de acción corporeiza al de pensa-

miento y entre ambos constituyen un hombre completo que con admirable tesón se consagra al servicio de un ideal que por fin corona el éxito más rotundo. Encarna por tanto Vigil un tipo casi único, o por lo menos extraordinariamente raro, que además de tener ideas y de saber realizarlas las graba en los corazones merced a la fuerza de un estilo de sencillez, profundidad, belleza y sabiduría poco comunes.

El filósofo moralista

En cualquiera de las páginas de su vasta obra, Vigil, en quien domina el sentimiento religioso hasta el punto de que muchas de sus páginas, libros enteros —LAS ENSEÑANZAS DE JESUS, por ejemplo— están literalmente inspiradas en los textos sagrados, se nos presenta variadísimo, pero sin perder jamás de vista su apostolado.

El hombre de acción anima siempre al pensador que escribe para todos, especialmente para el hombre medio, en el que tiene puestas grandes esperanzas para el mejoramiento de la vida social a través del mejoramiento individual. Y para captar a este hombre medio, nada más adecuado que su estilo vivo y profundo, a menudo sentencioso, pero siempre sencillo, transparente y fluido.

Lejos del filósofo y del moralista sistemático, él está interesado en captar la vida que fluye, ora maligna o al parecer absurda, ora caprichosa o incomprensible, ora generosa o abnegada, para presentarla con sus consecuencias ante el espíritu del lector y que éste decida por sí.

Sabe tornar en agradable, en acariciador, el tema más árido. Un mínimo episodio de la vida, la más trivial acción, se truecan para él en meritorios siempre que sean realizados bajo el deslumbramiento de la fe. En realidad, se trata de uno de los postreros reflejos de la doctrina franciscana: "Bendito el artesano que cose sus zapatos, si ofrece a Dios su modesta obra". Todo ello, realizado de un modo espontáneo y desde el punto de vista literario tan a la perfección, que cada trabajo constituye como una especie de obra de orfebrería que milagrosamente surgiera sin artificio.

La razón de ello estriba en que el sentido de lo maravilloso brota en él espontáneamente de las cosas más simples, con la feliz inspiración de una espontaneidad sin rival, logrando efectos altamente sorprendentes gracias a sus grandes dotes de escritor. Es un don único que no precisa recurrir a ningún artificio para lograr sus fines, sino que se manifiesta en las cosas más simples, gracias a su sentimiento apasionado por lo divino, a su inclinación por lo maravilloso y a su exquisita sensibilidad estética, que parece creada exprofeso para dar realidad literaria a la viejísima tesis cristiana, que considera a la moral como estética social. En su obra cumbre, EL ERIAL, que le consagró como filósofo moralista a la vez que puso de relieve

al estilista de gran prestigio intelectual, es donde mejor se aprecian las egregias cualidades de su personalidad y las características de su filosofía moral.

¿Cómo es esta filosofía? ¿Cuáles son sus principales características?

Alejado de todo sistema cerrado, resulta muy poco fácil de catalogar. Su ERIAL es un libro de sociología, de pedagogía, de psicología y de moral, tratado todo ello con la gracia y la sabiduría propias de la visión de un poeta y de un artista. Es un libro de sabiduría donde quiera que los haya habido y que, a la luz de un alma grande, propone soluciones equitativas para los grandes problemas sociales. Libro verdaderamente único, como lo son con frecuencia las obras del verdadero genio. E informando toda su doctrina y toda su literatura resplandecen, tanto en EL ERIAL como en toda su obra, hasta en los cuentos infantiles, las siguientes características:

- 1.^a La alianza de razón y sentimiento.
- 2.^a Su amor franciscano por todo cuanto vive y, como consecuencia, su piedad, su exquisita tolerancia.
- 3.^a Su profundo humanismo.
- 4.^a Su refinada sensibilidad estética.

Analicemos someramente cada una de estas características.

1.º Razón y sentimiento

Para Vigil, la razón, facultad primordial humana, no resulta eficaz si no va apoyada por el sentimiento. Convencer es conquistar un corazón y poner en marcha una voluntad. Hay que provocar el entusiasmo, porque sin él no puede lograrse nada. Crear es, sobre todo, querer. Tal es en el fondo su pensamiento. De aquí que pueda decirse de él que pertenece a esa clase de hombres para los que el mundo es una base de la lógica, y *la lógica es la base esencial de la moral*. Es lógico, pero con una lógica cuyo subsuelo está constituido por el amor a la humanidad y por la certidumbre de que la humanidad puede y debe superarse.

Es, por lo tanto, la suya una filosofía eminentemente humana y esencialmente comunicativa. Una filosofía fundada en el amor, que nos lleva derechos a la piedad, no precisamente por sentimentalismo, sino para que a un tiempo admiremos y consideremos, a la luz de la más alta filosofía, la excelsitud del dolor, presentándole como la mejor prueba a que el hombre se halla sometido e inspirando compasión por los que sufren, en los que reconoce una soberana grandeza.

Es decir, que, para él, la inteligencia domina a la sensibilidad, a la vez que ésta mueve a la inteligencia, resultando del doble juego la moral activa que nos brinda los medios prácticos para hacernos mejores ante el espectáculo de los sufrimientos del prójimo.

2.º Su amor por todo cuanto vive

La ley suprema de su obra es, por tanto, la ley del amor: los conceptos de justicia, salud, patriotismo, paz, sólo existen para él en función del amor. Por eso es eminentemente tolerante. Por eso su sensibilidad es la de un artista y su emoción la de un poeta, cuyo astro está fertilizado por el amor, la justicia, la verdad y la paz. Para él, la vida colectiva, en su forma más perfecta, es la vida fundamentada en el amor.

De aquí que sea Vigil un moralista, un apóstol que se siente tal hasta en los momentos más puramente literarios. De aquí que asegure: "La única literatura honrada es la que puede mejorar al hombre". Podrá tacharse a este lema de utilitario, pero es el suyo un utilitarismo de altura tal, que tiene muy poco que ver con la ecpción que a la palabra utilitarismo se le da generalmente.

Todo ello hace de su moral una moral activa que brinda medios prácticos para hacernos mejores ante el espectáculo de los sufrimientos del prójimo; entendiendo al prójimo también en sentido social, es decir, convirtiendo el precepto: AMA A TU PROJIMO COMO A TI MISMO, en el de: AMA A LA SOCIEDAD, QUE ES TU PROJIMO, como te amas a ti mismo.

Así, pues, para Vigil, cada individuo se debe al perfeccionamiento humano y ha de realizar en este sentido una misión ejemplar, que lleva consigo deberes altísimos, proporcionados a las dádivas que cada uno ha recibido de Dios. Esta doctrina la predica sin desmayo en todas sus obras y la predica, sobre todo y principalmente, con el ejemplo vivo de su existencia, cuyas líneas generales ya conocemos. Sabe muy bien que toda obra humana sólida es siempre obra lenta, profunda y vigorosa, a la vez que suavemente enérgica. Por eso es que su obra está exenta de violencia, aunque no hay en ella nada tampoco de blandura. Suavidad y perseverancia le son indispensables a la paciencia, virtud de los verdaderamente fuertes, de los que saben sin desmayos vencerse a sí mismos siguiendo la senda del bien, a pesar de las emboscadas del mal.

Desde la infancia, se afana por conseguir este señorío de sí mismo, que es la suavidad en todos los momentos de la vida, y así escribe en su *Vida Espiritual*, dirigiéndose a los niños:

"Si abres un libro con violencia, el libro sufrirá los resultados del mal trato.

"Si viertes impetuosamente agua en un vaso, derramarás el líquido sobre la mesa.

"Si separas con brusquedad una flor de la planta, le causarás a ésta grave daño.

"Si pides groseramente, nada conseguirás; si das con aspereza, nadie te agradecerá tu dádiva.

"La violencia es raíz de innumerables males y contraria a la vida espiritual. Por eso, el niño violento provoca compasión."

Puede decirse de él que ofrece el espectáculo edificante y admirable de la más profunda y suave tenacidad, dentro de un tono de seráfica dulzura. Las doctrinas del filósofo y del moralista corren con la suavidad de los manantiales cristalinos que se deslizan mansos y callados formando mil arroyuelos rumorosos por entre las umbrías y marañas de una llanura fecundísima y abandonada a la que tratasen de fertilizar.

3.º Su profundo humanismo

Conocido lo anterior, no cabe duda de que la doctrina de Vigil es profundamente humanista, pero en tanto que los humanistas clásicos aspiraban al apogeo del espíritu humano en la ciencia y en el arte, él cree que la alta moral es de carácter artístico y que la estética, por su parte, puede y debe aspirar a fines morales.

Concibe así el humanismo como una moral. Para él, no es necesario que el hombre cabal sea un hombre de alta cultura: un hombre humilde puede también serlo, siempre que se dirija por una inocente sabiduría, gracias a la cual se sienta satisfecho y trate de enaltecer su posición. El hombre de gran saber y alta cultura ha de proponerse que todos los demás hombres se aprovechen de sus dones. Su moral es, por tanto, una moral social, ya que reside en una elevada solidaridad humana, sin la que la individual queda incompleta y casi ni puede tener lugar. Además de los deberes para consigo mismo, el hombre tiene el de la solidaridad con los demás hombres.

"Hombre soy y nada de lo humano me es ajeno." De esta máxima que hace propia, arranca su solidaridad humana, a la par que su profunda tolerancia y su piedad para con las miserias sociales. De aquí que sea un moralista, pero nunca a lo Catón el Censor, sino a lo San Francisco de Sales. Un moralista entregado por completo a su apostolado mediante la palabra y el ejemplo en favor de las reformas que preconiza; mediante la educación, que prepara la reforma de los individuos de quienes depende el progreso colectivo y mediante la coalición extra política de todos los hombres de bien animados por la misma fe en el perfeccionamiento social.

4.º Su exquisita sensibilidad estética

Se ha dicho que Vigil es una sensibilidad demasiado viva en carne y hueso. Es, sin duda, el prototipo del hombre muy evolucionado en el terreno de la perfección moral: es una conciencia y un espíritu cuya estética apunta siempre a fines morales, pues que del mismo modo que, para él, la única literatura digna de tal nombre es la que resulta capaz de mejorar al hombre, la "única estética digna de serlo es la que tiende al mejoramiento humano".

A este fin, dirige todas sus obras con maestría sin igual. Domina el idioma hasta el punto de intuir el valor de sugerencia del tono y de las voces utilizadas, además de conocer a fondo su sentido. Por eso es el suyo un estilo mágico, que llega donde el autor se propone hacerlo llegar. Por eso goza de la rara facultad de poder encararse con cualquier tema, definirlo en pocas palabras, siempre apropiadas, y extraer en pocas líneas todo lo esencial que quepa decir de él. Hace comprensible todo cuanto dice, y sugiere magistralmente todo lo que no dice. En esto reside su potencia evocativa como escritor, la pureza diamantina de su estilo y la "pujanza bíblica, patriarcal" e inefable que, con justo título, se le atribuye.

Esta rara facultad dimana de una sensibilidad estética tan delicada, que, no bien percibe un matiz, responde con la nota que le es perfectamente adecuada. Todo ello de la manera más natural, sin esfuerzo aparente, como si se tratase de un arroyuelo cristalino, cuyo canto es la consecuencia natural del choque de su corriente contra los guijarros del fondo de su cauce.

Así puede lograr que la mayor parte de las páginas de EL ERIAL fulguren, trayendo a la memoria las del Nuevo Testamento, y que hasta en sus obras más sencillas, su afinadísima sensibilidad logre, con medios en apariencia muy simples, portentosos resultados.

Otras obras

Las ENSEÑANZAS DE JESUS, comentarios a sentencias de los Evangelios, colocadas al frente de cada página, transportan la fe al terreno de la acción, con un lenguaje en el que la firmeza y energía forman un todo insuperable con la delicadeza y la dulzura, en frases limpias, netas, bellísimas, henchidas, a la vez que de grandeza, de la sencilla emoción que se transvasa del corazón del autor a los corazones de los lectores.

Las REFLEXIONES CRISTIANAS están igualmente inspiradas en el Evangelio. Por un lado, se adaptan sencillamente a los acontecimientos corrientes de la vida práctica cotidiana, además de desplazarse del Evangelio, pasando por el alma del escritor para convertirse en pura moral.

En EL HOMBRE Y LOS ANIMALES, el autor se nos aparece con toda su sinceridad y buena fe, dando lecciones de verdadero amor y reverencia por todo lo que vive. Comienza desarrollando una lección de Cosmología, en la que nos muestra a la naturaleza en todos sus aspectos como un milagro que invitase al hombre a ponerse en comunicación con el Señor, sin desdeñar por ello los conocimientos científicos.

Y seguramente en ninguna otra obra queda tan patente su refinadísima sensibilidad como en los cinco tomitos de su VIDA ESPIRITUAL. Pero como esta gran obra cae por completo dentro del

ciclo de su producción educadora, ella nos lleva de la mano al aspecto verdaderamente fundamental de la obra de Vigil.

Vigil, educador

Vigil es maestro "por la gracia de Dios". No importa que no se haya ocupado nunca de Pedagogía sistemática, ni haya descendido a los quehaceres del hacer escolar en ninguno de sus grados. Su pedagogía es muy superior a esos quehaceres.

En primer lugar, toda su tarea de publicista es esencialmente educativa, ya que toda ella, según hemos visto someramente, va dirigida de un modo directo al corazón de sus lectores, tratando de purificarle, logrando su mejoramiento social por medio de la renovación individual. Salvando la distancia entre lo divino y lo humano, Virgil es con sus libros educador del pueblo, removiendo el corazón del hombre a la manera de Jesús. ¿Puede acaso darse más excelsa pedagogía?

Y analizando de modo más preciso esta su vocación educadora, encontramos dentro de su dedicación pedagógica esencial dos direcciones claramente diferenciadas, si bien complementarias entre sí: la regeneración del hombre adulto y la educación infantil.

Al primer empeño tienden todas sus obras para adultos, dirigidas en términos generales al hombre medio de cualquier condición, tratando de elevarle y purificarle con su filosofía moral, o si se prefiere, con su moral filosófica. No otro fin tienen sus obras LAS ENSEÑANZAS DE JESUS, REFLEXIONES CRISTIANAS, VERDADES OCULTAS, AMAR ES VIVIR, VIDAS QUE PASAN, EL HOMBRE Y LOS ANIMALES y de modo principalísimo EL ERIAL.

A la segunda tarea, la que a medida que los años pasan considera como más importante, porque se da cuenta de que el hombre adulto está demasiado viciado, demasiado apegado a sus costumbres y a su medio para poderse regenerar, van dirigidas LA EDUCACION DEL HIJO y todos los libros propiamente infantiles.

LA EDUCACION DEL HIJO es una obrita muy breve, única en su género, que ya va por la sexta edición, en la que Vigil, estimando que corresponde sobre todo a la madre la primera fase de la educación del hijo, trata de modo muy sencillo de poner al alcance de los progenitores de tipo medio los principios que pueden hacer de ellos padres perfectos, a la vez que facilita, sobre todo a la madre, los procedimientos y hasta los pequeños recursos de que puede valerse en su obra. Todo ello de modo muy simple, ateniéndose a su gran método de proceder por breves y atrayentes episodios, cada uno de los cuales puede hacer meditar con fruto a sus lectores.

Este libro constituye la única producción vigiliana en la dirección de preparar sistemáticamente para la educación a personas adul-

tas. Mirada desde el punto de vista del tamaño, es muy poco voluminosa; mirada desde el punto de vista del contenido, es inapreciable.

¿Por qué no continuó el autor esta dirección con obras dedicadas específicamente a los maestros?

Sin duda, porque, para él, la familia es, y con razón, la principal forjadora del corazón del niño. Cuando se trata de hacer obra verdaderamente educadora, desde la familia ha de comenzarse y en ella es en la que ha de insistirse, ya que desde el punto de vista técnico didáctico, no puede decirse que nuestra época se halle muy retrasada. El gran atraso viene mucho más hondo que la técnica pedagógica; el gran atraso, el gran error y el gran pecado de nuestra época en este aspecto, radican en haber emponzoñado o tratado de emponzoñar la fuente pristina de las energías que mueven el alma infantil. Radica en haber emponzoñado los corazones.

Como no es un especialista de la pedagogía, Vigil no se mete a cultivador del huerto pedagógico. Su labor es otra. Las técnicas pedagógicas no son precisamente lo que más necesita renovación, lo que sí la necesita urgentemente es, en cambio, la fundamentación humana de esas técnicas. Por eso, el autor no tiene apenas nada que decir al profesional; a quien tiene que decírselo es al hombre; no tiene nada especial que decir al que utiliza ni aun al que prepara las herramientas que en sí son buenas, sino al que crea los motivos de su empleo. Sabe perfectamente que hay muchos y buenos métodos para enseñar a leer y escribir, a calcular... Para enseñar ciencias y letras, idiomas y todo lo enseñable. En esto no tiene, pues, por qué ocuparse; de lo que hay urgente necesidad de ocuparse es de enseñar a tratar y a dirigir los corazones para que utilicen bien los conocimientos que las técnicas proporcionan. Por eso, *"La educación del hijo"* se dirige esencialmente a los padres, principales encargados de fortalecer y dirigir al corazón y ni que decir tiene que asimismo resulta excelente para los maestros, cuya verdadera misión es una paternidad espiritual.

Obras educativas infantiles

En cuanto a la influencia directa sobre la infancia, Vigil ha puesto magistralmente al servicio de ella sus grandes dotes literarias en el doble sentido de escritor emotivo moralista y en el de cuentista infantil, y en ambos complementarios sentidos ha creado una obra original y muy eficaz.

En el sentido primero, el didáctico por antonomasia, han de contarse sus libros de lectura infantiles, seis en total, entre los que sobresalen MARTA Y JORGE, que lleva más de veinte ediciones, y CARTAS A GENTE MENUDA, epistolario de breves, pero bellísimas y emotivas piezas, amenas y simples de forma, hondas y jugo-

sas de contenido. Pero la obra maestra de este grupo es su VIDA ESPIRITUAL, dividida en cinco tomitos de factura bellísima, y que seguramente constituye la mejor obra literario-moral infantil existente hoy. En ella trata sobre todo de crear y exaltar en los niños el sentimiento de la pureza, con dulzura, sabiduría y tacto supremos. Y de hasta qué punto consigue este intento, habla bien claro el que todos los gobiernos hispanoamericanos tienen esta obra adoptada o recomendada para la educación de sus juventudes. En cuanto a dar idea de su calidad a nuestros lectores, preferimos transcribir algunos de sus inimitables capítulos, tomados aquí y allá.

"Inmenso e inconmensurable, Dios todo lo abarca, en visión, en comprensión, en poderío, en amor."

"Estás en El como el pez en el agua; como el pájaro en la atmósfera. Puedes ocultarte a todos, pero no a Dios. Pueden abandonarte todos, menos Dios, cuya misericordia sentirás en cuanto te halles dispuesto a recibirla. Como todo lo comprende, has de ser puro y sencillo en tus palabras y acciones, ya que sería absurdo que pretendieras engañarlo. Como todo lo puede, has de confiar en su poder y reconocer que cuando no te complace procede por razones que tú ignoras. Como su amor es infinito, reposa en El y vivirás contento."

"Abrete para El, como abres las puertas y ventanas de tu alcoba para que entre el sol."

"Al dirigirte hacia la escuela, piensa:

"Debo llegar antes, no después de la hora. Mi falta de puntualidad significaría desorden y también desconsideración hacia quienes me amparan y protegen. La puntualidad es un deber.

"Ya en clase, piensa:

"Necesito aprender cuanto en la vida me será indispensable. Mi bondadosa maestra se empeña para ennoblecer mi alma y mi mente.

"Al regresar de la escuela, piensa:

"Aprendí un poco más; luego, valgo un poco más que ayer."

"En el buque hay quienes se ocupan de las máquinas, quiénes de los pasajeros y de la carga, quiénes vigilan y cuidan todos los detalles. Pero alguien, en el puente de mando, es responsable de que aquella masa en movimiento no vague indefinidamente al azar por el anchuroso océano, de que siga un derrotero y llegue al punto de destino.

"Así, tu cuerpo, provisto de órganos adecuados para cada función, anda por el mundo... Y así, el espíritu, en el puente de mando, ha de fijar la ruta y dirigir tu vida hacia su puerto."

"Un buen martillo, un buen género, un buen motor... Al escuchar esto, sabes que el martillo es sólido y fuerte; el género, de buen material y resistencia; el motor, seguro y rendidor en su funcionamiento."

"Buen obrero pintor es el que extiende la pintura igual, tersa y

flúida. Buen carpintero, el que, gracias a su habilidad, forma con la madera lo que se propone.

"Buen herrero, el que forja el hierro de acuerdo con su deseo.

"A ti te corresponde, tú necesitas ser un buen niño. Este es ahora tu oficio.

"¿Eres todo lo bueno que puedes ser?

"¿Procedes siempre lo mejor que te es posible?

"Tú mismo has de averiguarlo. A nadie como a ti mismo le interesa el que así sea."

Los cuentos infantiles de Vigil

Mención aparte merecen, dentro de su dirección educativa-infantil, sus cuentos para niños; veintidós en total.

Casi todos constituyen encantadores apólogos, en los que la moraleja, implícita, no necesita ser expresada para resultar clarísima. Todos son, cuál más, cuál menos, simbólico-realistas, transparentes, de gran belleza sugestiva y no menor fuerza de imaginación. Alguno de ellos, LA REINA DE LOS PAJAROS, por ejemplo, son un verdadero dechado de profundidad y delicadeza en el difícil arte de escribir cuentos infantiles, arte en el que se han destacado muy pocas plumas. Y se comprende, porque penetrar en el mundo del niño, intuir sus reacciones, mover y conmover su alma, dejando en ella envuelto en un halo de belleza el germen de un mundo mejor, es cosa que sólo pueden hacer los elegidos. Sólo ellos pueden ser a un tiempo niños-hombres y super-hombres. Sólo ellos poseen, gracias al don maravilloso de su fecunda imaginación, el don de poner de relieve la trascendente y elevada belleza de lo humilde en forma tan poética, sencilla, tierna y amante, que el alma de las cosas adquiere el mágico don de despertar en los pequeños e ingenuos lectores las mejores energías del alma propia. Claro es que estos cuentos vigilianos, todos ellos muy bien escritos, son de valor variado. Los hay muy hermosos y los hay menos afortunados. No podemos entrar en detalles sobre cada uno, pero, en conjunto, son muy bellos, profundos, delicados y sugestivos. ¡Cuán dichosos podríamos considerarnos si todos los cuentos que caen en manos de nuestra gente menuda se les aproximasen siquiera un poco, aunque sólo fuera en la galanura de su estilo y en la pureza de su intención!

CONCEPCION S. AMOR

UNA NUEVA DIFICULTAD

He leído con asombro el Decreto de 13 de febrero de 1951 ("Boletín Oficial del Estado", 5 de marzo, página 973), por el cual se restablece una disposición suspendida en diciembre de 1940. En ella se prescribía la obligación de presentar en la Secretaría de la Facultad respectiva 25 ejemplares IMPRESOS de la tesis doctoral al efectuar el abono de derechos para expedición del título correspondiente.

Ignoro las razones que han impulsado al Ministerio de Educación Nacional, precisamente en estos momentos, a conceder nueva vigencia a aquella disposición. Es el caso que, en estos tiempos de innegable agobio económico, agravado por el aumento incesante del coste de los trabajos editoriales, el futuro doctor habrá de plantearse el problema pavoroso de los 25 ejemplares citados, cuyo importe incrementará el desembolso que supone la obtención del máximo título académico.

A los que vivimos el problema en todas o casi todas sus facetas, se nos antoja arriesgada esta experiencia. ¡Ahí es nada! ¡Lanzar, obligatoriamente, a los futuros doctores en Ciencias o en Letras a la aventura de una edición que, por razón de su carácter monográfico, y de su tirada limitada, no obtendrá, salvo en contados casos, un éxito de venta que compense—amortice—el dispendio efectuado!...

Tengo amigos y compañeros de carrera que leyeron ya su tesis y puedo atestiguar, por consiguiente, cuántas son las dificultades que suscita la entrega de los seis ejemplares mecanografiados, pues en más de una ocasión han tenido que ser escritos a máquina por el interesado, empleando en ello varios meses, ya que se trata de materias en las cuales un mecanógrafo profesional incurriría en mil erratas inaceptables para la presentación del trabajo ante un tribunal. No hablemos ya de las tesis en que se incluyen textos o citas en caracteres hebraicos, arábigos o griegos, o en las que han de intercalarse fórmulas o diseños, porque lo antedicho entraña una serie de obstáculos, entorpecimientos que el doctorando salva con la mejor voluntad en aras de la consecución del título.

En estos días el Ministerio de Educación Nacional nos otorga una nueva dificultad: la de los 25 ejemplares impresos. No ignoramos que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas publica muchas monografías, pero no todo el mundo puede aspirar al Premio Extraordinario de Doctorado, ni todas las tesis presentadas merecen los honores de la publicación por ese organismo.

El quebranto económico que supone para un particular la edición limitada de 25 ó 50 ejemplares, obligará a más de un futuro Catedrático de Universidad a renunciar a sus aspiraciones docentes, so pena de que el Ministerio sueñe con el mecenazgo desinteresado de gente pudiente que le sufrague los gastos de la edición.

Los editores, en su mayoría, viven la realidad—la triste realidad—de los momentos presentes. Comprenden que el público lector, ese público

que devora tomos voluminosos de novelistas extranjeros, no se interesará precisamente por un trabajo científico... de carácter original, mas de interés nulo para todo aquel que no sea especialista en la materia. Citaré un ejemplo: Está en voga el "ensayismo" en todos sus aspectos: Literatura, Arte, Filosofía, Derecho... Ello no obstante, pude adquirir hace algunos meses en una librería "El sentimiento de tristeza en la literatura contemporánea". Prescindo aquí del carácter o mérito del citado ensayo; lo importante es que, editado ya hace algunos años, yacía arrinconado, en compañía de varios ejemplares más, sin que nadie se hubiera interesado por ellos. Se agotan los libros de Lajos Zilahy, André Maurois, etc., pero demonos una vueltécilla por la trastienda de las grandes librerías... ¡cuántas obras meritorias se encuentran arrumbadas allí por el mero hecho de que no son del agrado del gran público, consumidor de literatura fácil o de moda!... ¿Podrán competir los "rollos" doctorales con obras de esas que ostentan en una faja que envuelve la portada: "¡Acaba de aparecer!... ¡15 ediciones en los Estados Unidos!... ¡Escalofriante!... ¡Estimulante!..." y tantos otros "camelos" que se prodigan para acuciar la compra del libro en cuestión?... ¿O tendrá el estudiante que empezar a ahorrar, apenas iniciada la carrera, a fin de tener reunido, al finalizar sus estudios, el dinero suficiente para costearse una edición baratita que le posibilite la presentación de 25 ejemplares impresos en la Secretaría de la Facultad el día lejano en el que quiera obtener el preciado título de Doctor en su disciplina?... Esto último será lo más factible, ya que no creo que haya nadie extraordinariamente interesado en adquirir un ejemplar de trabajos monográficos sobre "La política de Amenofis IV", "La diptongación en el idioma rético" "Antecedentes del binomio de Newton", "Legislación de los hititas" y otros temas de "interés" similar.

No cabe duda de que la nueva disposición ha sido acogida con disgusto por muchos compañeros que preparan actualmente su tesis doctoral y que ven desmoronarse, merced a este Decreto, el castillo de sus ilusiones. Prueba de ello son múltiples quejas que han llegado hasta mí sobre el particular. Mediten, pues, quienes acordaron restablecer la entrega de 25 tesis impresas en la Secretaría de la Facultad respectiva para la obtención del título de Doctor, y calibren la trascendencia, la repercusión que ello podría tener en el ámbito académico, antes de poner definitivamente en práctica un Decreto, en mi opinión, perjudicial para la mayoría de los futuros doctores en Letras o en Ciencias.

Emilio VILLANUEVA POGONOSKY
(Licenciado en Filosofía y Letras)



ALGO MAS EN TORNO A LAS BASES DE TRABAJO

Con sincera satisfacción, he podido comprobar, leyendo el último número de LAYE, que nuevos nombres vienen a sumarse a la tarea de estudiar la Reglamentación laboral para la E. M. Privada. Y recalco que digo estudiar y no combatir.

Porque quisiera que quedase bien claro que estos escritos no son consecuencia de una actitud derrotista, destructiva por el absurdo y morbosos placer de destruir, sino que responden al noble afán de contribuir al perfeccionamiento de una obra humana y por humana perfectible. Son consecuencia de una postura crítica.

Creo que esta posición crítica, en sentido constructivo, sólo pueden rechazarla los engreídos que se creen infalibles e insuperables, o los tontos que sólo creen posible decir amén a lo que haga o diga otro.

Realmente ya vamos estando hartos de posiciones y afirmaciones "tabú" intangibles, y, por el contrario, vamos notando falta de lo que Ramiro Ledesma Ramos definió como "función peculiarísima de la inteligencia como tal": esto es, la crítica positiva. La crítica con su valor auténtico: con el valor que se le da cuando se habla de crítica histórica o de estudio crítico de un texto cualquiera, censurando lo malo y elogiando la bueno.

Es el único sentido en que podemos emplearla nosotros, los universitarios, por formación y por vocación. Los otros, los profesores sin título (esta definición recuerda un poco a la otra de "españoles sin pasaporte") la emplearán en la forma que su mentalidad les permita.

Con lo dicho, me parece aclarada suficientemente una actitud combativa y constructiva a la vez: cosa que, por otra parte, era conveniente hacer, para salir al paso de torcidas y mal intencionadas interpretaciones y para evitar que nuestras argumentaciones sean aprovechadas aviesamente por el sector menos afectado (será más justo decir más beneficiado) por la nueva reglamentación, que sólo perjudica a los pequeños Colegios y al Profesorado y en cambio beneficia directa e indirectamente a los grandes Colegios.

Pero no insistiré más hoy en todo esto y pasaré a ocuparme del aspecto que me propongo comentar, o, por decir mejor, exponer para que, si estas líneas van a dar a manos de algún lector docto en Leyes, me saque de dudas.

Confieso que no tengo sobre mi mesa ningún Código Penal y sólo puedo emplear le número 4 de la Colección de LAYE, en cuyas páginas 9 y 11 se copia, al plantear el problema de la capacidad jurídica en el ejercicio de la enseñanza, el artículo 321 (relacionado con el 572) del Código Penal vigente, y que yo, a mi vez, transcribo. Dice el Código:

"El que atribuyéndose la cualidad de Profesor, ejerciere públicamente actos propios de una Facultad que no se puedan ejercer sin título oficial incurrirá en la pena de prisión menor." Y sigo copiando de LAYE la transcripción que allí se hace del final de la nota 321: 1 del citado Código: "Este DELITO se caracteriza por la concurrencia de los requisitos siguientes: 1.º Ejercicio público de los actos propios de una Facultad. 2.º Atribución de la cualidad de Profesor sin serlo. 3.º Carencia del *Título Oficial imprescindible* para realizar legalmente la profesión que lo exija."

En el mismo citado número 4 de LAYE, en el artículo que firma G. Rolán (de donde copio lo que antecede), hay pruebas de que para ejercer la Enseñanza privada se exige el título.

El artículo copiado (321) así como el citado 572, quiero recordar que recientemente fueron objeto de una reforma aprobada por el pleno de las Cortes en el sentido de aumentar la pena correspondiente a los transgresores.

Todo esto es cosa clara. No deja lugar a dudas.

Mis dudas surgen al leer en la "Disposición final" de las Bases lo que sigue: "QUEDA DEROGADA la Reglamentación hasta ahora vigente, aprobada por Orden de 15 de noviembre de 1946, ASI COMO CUALQUIER OTRA DISPOSICION QUE SE OPONGA A LO QUE SE ESTABLECE EN LAS PRESENTES NORMAS."

Y como en "las presentes normas" se dispone, al definir a los "profesores auxiliares", que se pueden dedicar al ejercicio público de una facultad y que se pueden atribuir la cualidad de Profesor "los que sin Título de Licenciado o Doctor... tengan o su cargo un grupo de alumnos", ¿hemos de entender que quedan derogados los artículos del Código Penal que "se oponen" al intrusismo? ¿Puede una Reglamentación contener artículos y hacer definiciones que vayan contra lo preestablecido por un Código?

Realmente, si sigue subsistiendo el apartado IV (Profesores auxiliares de Enseñanza Media) del subgrupo B) del artículo 7.º de la Reglamentación bajo cuyo amparo se dedican *legalmente* a la enseñanza aquellas personas que el Código coloca al margen de la Ley, hemos de admitir que tal reglamentación es encubridora y cómplice de delincuentes, cosa que me resisto a creer y que me consta repugna a la conciencia de quienes han intervenido en el último período de elaboración de las Bases.

Es evidente que existe una manifiesta incompatibilidad entre las Bases y el Código y que la ventaja es de éste en todo momento, por lo cual hemos de llegar a estas tres conclusiones:

1.ª Por nuestro propio decoro, por el de las personas que han intervenido en el estudio de la Reglamentación y por el de las autoridades que la han sancionado, no es posible permitir que la Reglamentación Nacional

del Trabajo en la Enseñanza Privada continúe siendo, voluntaria o involuntariamente, cómplice y amparadora de las trasgresiones del Código Penal.

2.ª En evitación de lo anterior, el apartado IV del subgrupo B) del artículo 7.º de la Reglamentación ha de ser suprimido por estar en pugna con el artículo 321 del Cuerpo Legal citado.

3.ª A pesar de que dicho apartado IV figure en la actual Reglamentación, los que ejerzan la enseñanza amparándose en lo que el mismo contiene están fuera de la Ley y se hallan comprendidos en lo que el Código califica de delito.

Vemos, pues, que por razones de prestigio y de decoro de las autoridades y personas que redactaron definitivamente el articulado de la Reglamentación, por razones de ética legal y por razones de índole profesional y de prestigio universitario, el apartado IV que autoriza la actuación de los profesores sin título no ha debido figurar en la Reglamentación vigente; y si, por las razones que sea, la Reglamentación ha facilitado que los sin título hayan conseguido introducirse en el ámbito de la enseñanza, precisa que se remedie urgentemente lo que tanto daño está causando no sólo a un selecto núcleo de Profesores, sino, lo que es más trascendente, a un gran número de alumnos, cuya insuficiente formación actual se traducirá en una crisis de valores en el futuro, de consecuencias lamentables y dolorosas para la Patria.

FRANCISCO GIMENEZ GIL



Nota de la Redacción: *No será inútil recordar a nuestros lectores —como hicimos cuando la discusión de las Bases de Trabajo— que el Cuerpo de Redacción de LAYE respeta los puntos de vista de cuantos le honran con sus colaboraciones, sin solidarizarse, empero, con las conclusiones a que ellos lleguen.*



2.

SOBRE POLINACIONALISMO

¿CONDUCE EL REGIONALISMO AL SEPARATISMO?

EL problema, que aquí enunciamos hipotéticamente, o, en forma interrogativa, quedó zanjado en nuestro último artículo, del que es una forzada continuación el presente. La solución esbozada ofrecía más pronto el aspecto de una demostración metafísica que no la resolución histórica del caso: envolvía principalmente una solución a priori, derivada de nuestra propia psicología, antes que una comprobación experimental fundamentada en los hechos ocurridos desde los primeros balbuceos de la nefasta secta que, oculta en el ropaje, a veces, misterioso de una efervescencia religiosa, y en otros casos, poético o literario del culto desinteresado por la literatura indígena, finiquitada siempre con la exteriorización de un odio nefando contra lo que de cerca o de lejos oliese a Hispanidad o rozase con el sacrosanto nombre de España.

En el aspecto ideológico, abstracto, aseverábamos que—en hipótesis, se entiende—se podían reconciliar el regionalismo y el acendrado amor a la patria única. Es José Antonio—indiscutible maestro—quien afirma solemnemente en el Parlamento español que al pretender otorgar unas funciones más o menos amplias en el gobierno o régimen interior de una re-

gión, no se debía atender especialmente a los derechos históricos invocados para hacer razonable la concesión, sino a la íntima conciencia que la región abrigase sobre la comunidad de destino en lo universal, fundamento indeclinable de la España única. Por lo tanto, teóricamente, o, si se quiere, filosóficamente hablando, no se produce discordancia alguna entre el regionalismo que se gloria, enaltecíéndolo, del conjunto de aptitudes, usos, fueros y tradiciones, que integran el acervo regional y el amor entrañable y apasionado a la España única, que cobija las regiones y preside los ciclos de su evolución histórica.

En el ángulo práctico, a la luz de la experiencia, la conclusión racionalmente adoptado ha de ser opuesta. Experimentalmente podemos pulverizar como fantástica la pretensa armonía entre el regionalismo y la inquebrantable unidad de España, porque, conforme a la ley psicológica, expuesta en el artículo anterior, los hechos tan tristes, como amargos, patentizan con la elocuencia incontrastable de la realidad que lo que el regionalismo inicia como un poema, una especie de Egloga Virgiliana, desenlaza en una tragedia evocativa de los Sófoches, Eurípides, Esquilo y demás trágicos griegos; y lo que sonaba o aparentaba ser un culto sentimental, sinceramente platónico por un pretérito incidental, que no podía ni debía retoñar jamás, se tradujo en un horripilante pugilato para mancillar la honra inmaculada de la Patria, aniquilar sus valores eternos, pulverizar su grandeza, por lo fabulosa, legendaria, y exterminar del suelo catalán, de su espíritu, cultura e instituciones, hasta el nombre, para nosotros sagrado, para ellos infamante, de España. Yo no necesito recurrir a textos extraños ni invocar testimonios ajenos en ese nefasto proceso de desintegración hispánica, del que he sido no solamente testigo, sino un debelador impertérito, para quebrantarlo, en casi media centuria que vivo en Barcelona.

Los Juegos Florales fueron el idilio del pavoroso drama que se desencadenó después. Hasta los Reyes de España los presiden. Demuestran su corazón, pero no su inteligencia. Mella supo ver en Heine al ruiñón medido en la peluca de Voltaire. Su admiración por el poeta no le cegó para no profundizar el escepticismo malsano, fúnebre crespón de los trinos del romántico cantor. Los políticos de España, con visión más estrecha, no acertaron a captar en aquel renacimiento literario la génesis de una convulsión política, que acabaría por ser catastrófica para nuestros destinos imperiales.

El cultivo de las letras catalanas, una floración del romanticismo, en sus comienzos, se desenvuelve en un ambiente de placidez patriarcal, sin agresividad alguna, ni siquiera en afán de competencia con las bellezas de la lengua de Cervantes, la más espléndida y maravillosa de las lenguas. Pero... ese poético origen, ese Virgiliano renacer podría yo, remedando a Sartre, cuando dice del ser que "lleva el gusano en su fruto", decir que llevaba también el virus corruptor y corrompido en su propio seno. Detrás de los cultivadores de las clásicas letras catalanas, los Investigadores del Derecho Catalán. Cataluña no sólo aportaba a la civilización su poesía y su historia, sino también unos principios fundamentales de Derecho que podían servir de norma y estímulo a los demás pueblos. Poetas, literatos y juristas, eran las avanzadas estratégicamente situadas para enfrentarse, no

con los desafueros del centralismo liberal, sino con los derechos inalienables de la nación española. Se hundirían en el pretérito para restablecer todos los fundamentos razonables de la personalidad autónoma de Cataluña. Necesitaban una cuna, se la encontró en Ripoll. Era necesario un Fundador y surge la patriarcal figura de Wifredo el Velloso. Se falseó la historia para invocar antecedentes justificantes de la pretensa soberanía de Cataluña. Las guerras de los Austrias y los Borbones, lo serían y de una elocuencia decisiva. Faltaba un héroe y apareció Casanovas, a pesar de que, según referencias exactas, murió en San Baudilio de Llobregat, plenamente reconciliado con Felipe V. Hubo también un canónigo de Urgel, el desaparecido Clarís, anterior o precedente de otro que vegeta en Suiza y elude la obligación de internarse en la Patria por un fantástico temor a supuestos castigos en los que nadie cree, porque es un hecho público que lo mismo los separatistas que los comunistas, que no han perpetrado crímenes personalmente se les considera irresponsables en la España de la post-guerra. El beatífico Puig y Cadafalch descubrió como catalán el arte románico cuando España entera está sembrada de templos románicos. Hasta una danza se fabricó para que no faltase ningún antecedente nacional que certificase la realidad de la nacionalidad catalana. Esta danza fué la sardana típicamente ampurdanesa, donde se bailaba exclusivamente, pues no se practicaba ni en Barcelona, ni en Tarragona, ni en Lérida, ni siquiera en el resto de la provincia de Gerona; pero la patriotería nacionalista, ávida de ficciones para su pseudo nación generalizó su uso y lo impuso a todos los pueblos catalanes. Ignominioso e incomprensible es, que a un mito, como el referido, rinda pleitesía el régimen nuestro, organizando estas sardanas sonambulescas, a las que no acude casi nadie (porque las suyas no eran recurridas por la euritmia y gracia indiscutibles de la danza) a pesar de los arrullos poéticos de Maragall, sino por la perversa intención política que las inspiraba. A veces, queriendo congraciarnos, le damos el arma homicida para que nos remate impunemente.

La batalla más recia y formidable se rindió en torno del idioma. Después de tantas décadas, más de siglo y medio, o cerca de dos, de ser el castellano vehículo de expresión de oradores, poetas, filósofos e historiadores, se entabló el pleito para desahuciarle y se llegó a invocar con sacrílego intento al mismo Espíritu Santo, queriendo demostrar que la predicación debía hacerse forzosamente en catalán por exigencias irrenunciables de la grey cristiana. En una palabra: se iban rompiendo los lazos de unión con las demás regiones españolas y se creaba un clima propicio a todos los paroxismos, llegando a afirmar un prebendado ya muerto (que Dios le perdone) que predicar en extranjero (léase castellano) era un crimen.

Paulatinamente, desde el templo y desde el Foro, con el libro y el periódico, el cordero se transformaba en lobo y el regionalismo *bien entendido* se convirtió en averiada mercancía de la que hubimos de apartar los ojos con horror y el estómago con asco.

En este ambiente angustioso, febricitante, en el que sólo imperaban los perversos y los dementes, escribió, primero, Prat de la Riba su libro "La Nacionalitat Catalana", y después, Cambó, "El Fet diferencial", editado clandestinamente durante la Dictadura. El verdadero dirigente, en el si

lencio de su gabinete, del movimiento catalanista, cuyo verbo era Cambó, el multimillonario, hasta que le substituyeron los nacionalistas catalanes, izquierdistas unos como Carner y Suñol, derechistas otros como Bofill y congéneres, y más tarde Maciá y Companys, el abismo a donde nos condujo la sensatez del famoso filántropo, no dogmatizaba sobre la raza, como los vascos, para predicar su nación, sino sobre la lengua, y en este sentido, como ya hemos insinuado, se desenvolvió una labor injustísima para imponer el uso exclusivamente del catalán, con el abandono brutal del castellano, no ya en la vida de relación familiar, sino en la esfera oficial, amarguísimo ejemplo que, lejos de ser rectificado, es hoy amplísimamente imitado en Colegios, Institutos, Diputaciones y Ayuntamientos, en los que, no sólo los burócratas, sino los dirigentes se producen generalmente en lengua catalana, con mengua de los prestigios de España y con escándalo sincero de los patriotas conscientes.

Las claudicaciones del Poder Público fueron el aliciente eficaz para esas explosiones de la hidrofobia catalanista que, juntamente con la anarquía criminal del sindicalismo único, obligaron a subrevarse al pacífico general don Miguel Primo de Rivera, que durante siete años—de su llamada ominosa Dictadura—hoy gloriosamente reivindicada por sus mismos enconados detractores, con el recobro del prestigio internacional, llevó a feliz cima la pacificación de Marruecos, el saneamiento de la Hacienda, la reconstrucción de las carreteras, las dos exposiciones internacionales, y salvó a la Patria de una hecatombe irremediable.

Ese hombre benemérito, a quien no se ha hecho la merecida justicia, fué quien supo extraer el fondo tenebroso del regionalismo. Más intuitivo que discursivo, pero no por ello menos genial, en una palabra lapidaria, ratificada por una larga y ácida experiencia condenó al regionalismo como conducente al separatismo.

Más lo trascendental no es el hecho de que el General pronunciase la fulmínea sentencia: sin negar la importancia que encerraban las palabras condenatorias pronunciadas por el invicto General, que además era un hombre prudentísimo, lo que para mí es más acuciante y significativo es que el juicio lo reiterara el incomparable, el magnífico cantor de las libertades regionales, tan profundo filósofo, como versado en las disciplinas científicas y literarias, que la historia consagra con el nombre de don Juan Vázquez de Mella, a quien aún no han rendido la obligada veneración nuestras jóvenes generaciones, más enamoradas del escéptico Ortega Gasset, a pesar de su portentosa erudición y de Unamuno, que del genial y excelso pensador, como egregio tribuno, el creador de los dogmas nacionales, de cuyo desarrollo pende el futuro de nuestra nación.

Me encontraba en Madrid casualmente en los días propincuos al juicio formulado por el General. La primera impresión que produjo en el ánimo de Mella fué de asombro y quizás de duda; y, muy poco tiempo después, hablando conmigo (excuso decir que tuve el honor de ser un íntimo amigo del Mella insuperado e insuperable) me decía con honda convicción: ¿Sabe usted que estoy convencido que el General tiene razón al aseverar que el regionalismo desemboca en el separatismo?

Los que no ignoran hasta qué sublime grado de exaltación llegó, empujado por su inspiración el mago de la palabra al evocar las variedades regionales, las personalidades históricas, con el haz riquísimo de sus peculiares atributos en la literatura y en el arte, en la ciencia y en la administración comprenderán la enorme trascendencia que deben tener los hechos producidos desde que se puso en boga la aspiración regionalista, para que Mella pudiese acatar por verdadera la dantesca sentencia del General respecto al regionalismo como generador del separatismo.

Creo haberlo demostrado ideológicamente y a la luz de la experiencia, tal como Primo de Rivera lo pronosticó y Mella lo corroboró hace más de veinticuatro años, mucho antes de los tiempos de Maciá y de Companys, legítimos sucesores de Cambó y Prat de la Riba. Los hechos han legitimado la previsión, las sospechas despertadas por el somero examen de nuestra psiquis respecto a las peligrosas consecuencias que el cultivo del báculo había de producir.

Los catalanes sensatos no necesitan hacer aspavientos para demostrar que son catalanes. Es un signo que llevamos en la frente. Es algo externo, palpable, que nos individualiza y nos distingue de los demás hermanos españoles. Lo que urge y es más esencial es que vindiquemos (pro aris et focis) la unidad de España, que, aunque forjada por la historia, tejida por los siglos, y fundamentada en principios étnicos y factores geográficos, necesita más de nuestra cooperación y del esfuerzo de nuestra voluntad. Es necesario que nos estreche y abraza la grandeza de un ideal colectivo de perfiles universales para no vegetar misérrimamente en el mezquino ámbito de un catalanismo insensato.

Hemos dicho ya que el nacionalismo catalán lo fundamentaba Prat de la Riba esencialmente en la lengua, mientras el etnos era la base fundamental de los separatistas vascos. Toda nación tiene un alma, así como ésta exige un órgano de expresión propia que es la lengua, y siendo Cataluña una nación requiere para legitimar su existencia la auténtica e inconfundible posesión de un idioma. Renunciar al lenguaje propio es desnaturalizarse, equivale a su suicidio.

Urge, pues, la apremiante e inevitable apelación a la hegemonía de nuestra lengua, traducción de nuestra psiquis, enfrente de cualquier otro idioma que intente interferirse en nuestra vida interior y en la pública o nacional. Las invectivas al castellano, el idioma de los opresores, la lengua de los verdugos, era una consecuencia obligada de las premisas estatuidas y que, si no siempre les permitía la mentalidad de los dirigentes enunciarlas por su agresividad o torpeza, no faltaba nunca el coro de los imbéciles que, a grito pelado, las exhibían como una bandera de combate, o como una insignia de decoro nacional.

Lógicamente estas audacias debían desbordar todas las esferas, incluso la religiosa, habiendo en Madrid gobiernos claudicantes, que parecían cómplices, y en el estamento eclesiástico, una gran desorientación, desde que alejado del Tradicionalismo, esencialmente español, le fué casi plácido por no decir voluptuoso, el sumergirse en las ondas aparentemente crista-

linas de la nueva corriente emancipadora, que pretendía restaurar la integridad de los valores espirituales de Cataluña.

En los púlpitos de nuestra región hacía muchísimos años, más de dos siglos, que con la unánime aceptación del pueblo, la palabra divina se predicaba en castellano. Cuando yo comparecí en Barcelona en el año cuarto de esta centuria si no recuerdo mal, el hecho era universal. Lo mismo ocurría en Lérida, en Gerona y en Tarragona. No era imposición de nadie, era producto de la evolución, de un proceso interno de aproximación a Castilla, eje de España en los siglos áureos; y como los bravos guerreros catalanes luchaban en Flandes y en Lepanto, también nuestros poetas vertían sus versos en el idioma imperial como nuestros filósofos sus hondas elucubraciones. *Ha sido Castilla la menos centralizadora de todas las regiones hispánicas y la víctima más infortunada de las oligarquías del centralismo.* La asimilación del castellano fué un producto espontáneo de la íntima comunicación entre todos los pueblos españoles, y la generalización de su uso, aun dentro de la Iglesia, resultando de una elaboración lenta silenciosa, pero eficaz, mediante la que, sin coacciones ni interferencias del Estado, los catalanes, como los valencianos se sentían orgullosos de utilizar la lengua de Cervantes para exponer sus juicios o expresar sus pensamientos.

Ha sido un error crasísimo el desconocer el hecho histórico que ha dado a nuestra tierra el carácter de bilingüe, pues, como era y es natural el uso del idioma vernáculo, confirió el mismo derecho de ciudadanía al castellano, por la aceptación voluntaria de nuestros coterráneos, que, si por deficiencias del Estado liberal, al no organizar escuelas en todos los pueblos, nuestros campesinos no sabían modularlo, no ha habido zafio o zoquete en nuestra tierra que no lo haya comprendido o captado. De donde se deduce que ha constituido una falsificación histórica y un atentado a la dignidad de nuestra tierra el aseverar que el castellano era un idioma extranjero, pues se llegó a connaturalizar con nuestra alma; y, por lo tanto, la predicación en el idioma clásicamente español no sólo no se oponía a los legítimos sentimientos y a la racional comprensión de nuestros paisanos, sino que era recibido con general aplauso y muchas veces preferido a la versión catalana de la sacra predicación.

Lo reconoció Rovira Virgili en el año 26 en una polémica sostenida entre el diario "La Nación", del que era director, y "La Razón", órgano de la Unión Patriótica, cuyos editoriales redactaba mi modesta pluma, al aseverar que no era el asimilismo de Castilla el que había fabricado artificialmente aquella coincidencia espiritual, sino que era un hecho natural, espontáneo, que no supieron explotar ventajosamente los dirigentes de la política central, como lo hicieron los franceses en el Rosellón, pongo por caso. ¡A ver si algún predicador se atreve a producirse en catalán en aquellas tierras históricamente nuestras!

En Cataluña ha ocurrido al revés en lo que a la predicación concierne. No fué el pueblo, ni la clerecía siquiera —hablamos en términos generales— los que iniciaron la batalla contra la predicación en castellano; los primeros arcabuceros, demoledores de la tradición antiquísima, fueron los

hombres de la "Lliga", pues la izquierda que la desbordó, se ciñó a extraer las consecuencias de las premisas establecidas por la sensatez de los patriotas lligueros. El hecho merece recordarse, máxime habiendo sido yo testigo de calidad, por haberlo vivido y experimentado en mis propias carnes. Era el período de mi más intensa actuación en esta Diócesis y mi modesto concurso era reiteradamente solicitado en las grandes, como en las medianas solemnidades, sin que jamás los devotos exteriorizasen la menor disconformidad. Al apoderarse la Lliga de los Ayuntamientos, se inicia su agresión a la santa libertad de la Iglesia. Costumbre antiquísima en nuestra tierra ha sido y es, que las corporaciones ayuden al párroco a sufragar a los gāstos de las funciones sagradas, particularmente en las fiestas patronímicas. El arma estaba en sus manos. Al pedir, conforme a costumbre, el párroco la subvención, la contestación, obedeciendo, a una consigna, era siempre la misma: "Queremos el sermón en catalán". Ante la coacción brutal la inopia de las parroquias era impotente para una reacción enérgica y generalmente cedían a la injusta presión. Gracias a Dios, al ser requerido para que predicase en catalán, en tales circunstancias, no transigí jamás, teniendo sobre todo en cuenta que no lo exigía el bien espiritual de los fieles y que se trataba de una injusta imposición, pues los mismos párrocos me lo confesaban doloridos.

Paulatinamente la táctica utilizada iba haciendo su efecto. Quebrantado el tradicionalismo y atraídos por el brillo del renacer literario catalán, muchos jóvenes levitas fueron captados por las nuevas corrientes y se complacían en secundar la entronización del catalanismo al frente de las corporaciones públicas, que laboraba eficazmente con su doble favorable procedimiento: Ayudar a "outrance" a los adictos y hundir el arma acerada hasta el corazón de los reacios o recalcitantes que no se adaptaban.

A pesar de esta táctica abusiva, rufianesca, y de la claudicación a veces vergonzante, y muy pocas agresiva, de la clerecía, el pueblo catalán se regocijaba acudiendo a las sacras funciones para deleitarse oyendo al Apóstol de Dios, predicándoles la doctrina evangélica en lengua castellana, que consideraban propia.

Recuerdo a este propósito un episodio que es una magnífica demostración. En la Basílica de Santa María del Mar, en el año 22, se celebró el centenario de la institución de la Minerva. En la solemnísimas novena predicamos el cardenal Gomá (q. e. p. d.) y el que redacta estas líneas con gran concurrencia de fieles. En el Pontifical que ofició el prelado Dr. Guíllamet, me correspondió ocupar la Cátedra sagrada. Antes de subir al púlpito compareció un señor que en nombre del Presidente de la Mancomunidad me invitó a predicar en catalán: "Si usted lo hace, el Presidente, señor Puig y Cadafalch, asistirá." Mi respuesta fué tan lacónica como expresiva: Las puertas están abiertas para todos los fieles: yo predico como es costumbre.

Puig y Cadafalch no asistió, pero la coacción se produjo: era el representante de la Mancomunidad el que no quería oír un sermón en castellano, pues la inmensa muchedumbre que llenaba de bote en bote el espacioso templo oyó con cristiana complacencia los conceptos espirituales vertidos en la lengua imperial, que también es nuestra.

No ha sido, no, y se debe repetir, y lo deben saber en las alturas, no ha sido el pueblo, el que ha repugnado el castellano; fueron los políticos los que, queriendo aplastar una Cataluña nueva, pretendieron arrancar de su alma hasta el recuerdo de España y no querían que se mantuviese ningún contacto con la que, brutalmente, han llamado lengua extranjera.

Al advenir la Dictadura se produjo una reacción notabilísima; pero, no obstante, el desafuero era tan enorme y evidente, los ultrajes tan graves e injuriosos, el atropello a la tradición tan manifiesto, que se juzgó oportuno acudir a Roma contra aquella invasión de los nuevos bárbaros que pugnan por borrar hasta el último resplandor de la cultura hispánica entre nosotros. Y la exposición se hizo oficialmente, evocando los hechos antiquísimos, justificativos de la apelación, se razonan los fundamentos de la demanda con tanta claridad como energía, se previenen los grandísimos daños que para el bien de las almas han de generar forzosamente los procedimientos cínicos y anticristianos, como antiespañoles utilizados para imponer el monopolio del catalán en la predicación con la exclusión absoluta del castellano. La documentada e imparcial apelación produjo una impresión extraordinaria; y Roma, habló metafóricamente, la Iglesia, por medio de sus organismos, siempre atenta a las razonadas solicitudes y a las legítimas demandas, juzgó conveniente que el Nuncio visitase las Diócesis de Cataluña para obtener una amplísima y fundamental información, y, después de ser conocida por el Santo Padre, se promulgaron unas Normas relativas al uso del idioma castellano y catalán en la predicación solemne y en la Pastoral, de modo que nadie pudiesa interpretar la conducta de la Iglesia como despectiva para la españolidad de los catalanes ni para la legítima honradez de sus sentimientos autóctonos. Naturalmente, la Iglesia no persigue nunca fines temporales, atenta siempre al lucro de las almas, que es el objetivo esencial desde su Fundación por Jesucristo, y en los pleitos humanos provocados por la cerril incompreensión, muchas veces, más que por nequicia preconcebida, siempre, cauta y previsora, tiende a la concordia, apaciguando los espíritus y eliminando de los problemas las aristas más agudas y punzantes que los truecan en quebradizos, cuando no, en insolubles.

Apremios de espacio y de tiempo nos impiden reproducirlas íntegramente, aunque son ya harto conocidas por quienes no deben ignorarlas; basta a nuestro propósito el consignar que regulan con un gran sentido práctico la predicación en todas las Diócesis de nuestra tierra guardando los fueros debidos a las exigencias nuestras y a los derechos que le corresponden a la lengua oficial de todos los españoles. La primera Norma y quizás la más trascendental impone que la predicación solemne—tridúos, novenas, fiestas patronímicas—ha de hacerse en castellano en poblaciones de más de cinco mil almas. La predicación pastoral en las ciudades y pueblos importantes se hará alternativamente en castellano y en catalán, dejándolo a la prudencia del Sr. Párroco. En los pueblos rurales la predicación se hará en lengua foránea; la excepción es natural, porque en dichas poblaciones, por deficiencias del Estado no existían ni escuelas ni maestros, y, por lo tanto, la única lengua por ellos conocida y practicada especialmente es la vernácula o familiar.

Las Normas no han sido ni rectificadas ni corregidas; tienen, pues, carácter de vigencia y todos los sacerdotes debemos tenerlas presentes para que nuestro Apostolado se armonice con las orientaciones que de tan alta alcurnia proceden y que fueron refrendadas, como es lógico, por los dignísimos Prelados de la región nuestra.

Puedo reiterar, aun a trueque de ser indigesto, al concepto anteriormente vertido. No necesitamos los catalanes ni aún en el Templo violentar las cosas para demostrar que lo somos; lo cristiano y natural es que, aun renunciando derechos supuestos nuestros, los volquemos en pro de los de derechos de los demás. Aparte que no hay catalán que, en problemas de cualquier importancia, no comprenda el castellano, no se puede negar que hay muchos procedentes de Andalucía, Extremadura, Galicia y hasta Aragón, que no captan en la fluidez de la expresión oratoria, el sentido y rigor gramatical y filosófico de nuestro idioma nativo; y por esta doble razón, el sacerdote será siempre benemérito delante de Dios, y bienquisto entre los hombres, por la obra armónica que realizará si, sacrificando sus gustos particulares se sirve del castellano, lengua oficial de España, nuestra gloriosa nación, para sembrar en las conciencias los gérmenes de su renovación espiritual.

Exaltar el regionalismo y anatematizar el separatismo es, podríamos decir, recordando un frase de Mella, "es levantar tronos a las premisas y cadalsos a las consecuencias". Hoy más que nunca es aplicable la frase de Donoso Cortés: "Pensemos en lo que nos une y seremos grandes."

Los católicos y más los sacerdotes han de recordar que las iglesias se quemaron, los asesinatos se perpetraron y las vírgenes fueron exclaustradas y hasta violadas, triste es decirlo, pero verdad el consignarlo, entre los vitores a la revolución y a Cataluña; y, al revés, se han restaurado, se han reintegrado en sus derechos Obispos y Párrocos y se ha establecido la concordia al grito de ¡Arriba España!

¿Lección? Que Cataluña fuera de España perecerá inevitablemente. Que toda acción subversiva de la supremacía española, para sustituirla por la farándula de una imposible soberanía catalana, podrá ser ocasión de decadencia para la Patria, pero fatalmente será la destrucción de Cataluña. Ahí está la raíz del fracaso ridículo a que están abocadas todas las fórmulas hipócritas que tienden a substituir la fundamental unidad española por las soñadas concordancias del decantado polinacionalismo.

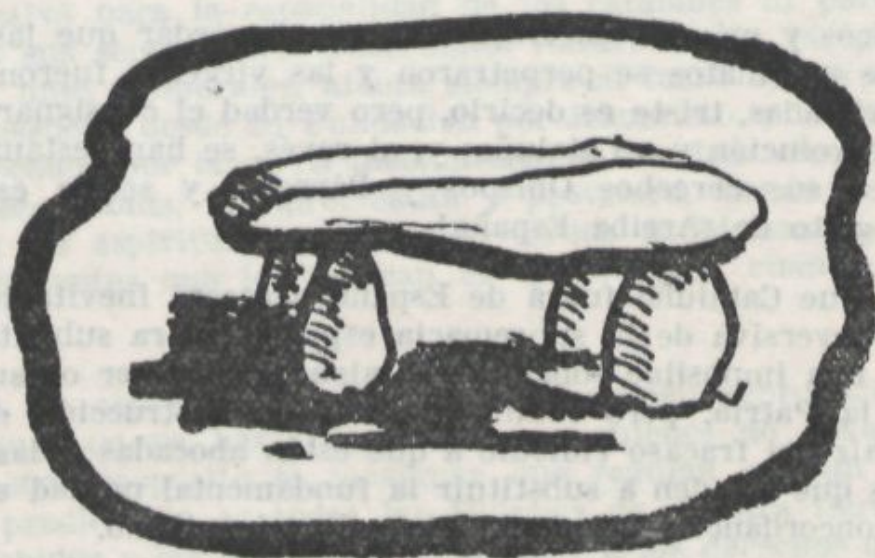
Recuerdo unas palabras escritas en un libro mío publicado durante la Dictadura—Los errores de la Dictadura y réplica al libro de Cambó—que quiero transcribir, porque a pesar de los años transcurridos revisten candente actualidad: "La esfinge Tebana proponía enigmas a sus consultantes y se complacía en devorar a los que no acertaran en su solución. El nacionalismo ha sido y volverá a ser la esfinge griega en el decurso de la Historia de España. Los que le creen muerto, porque le contemplan silente, se engañan; y si, sagaces y prudentes, han escudriñado en el fondo de algunos hechos, habrán de reconocer, como un eco de rencores pasados, como una admonición de rugidos futuros."

Se advierten síntomas delatores de la existencia del morbo, que parece extinto, pero que pugna por reaparecer lo mismo en los organismos del Estado o Corporaciones oficiales, que entre ciertos elementos de la Iglesia. ¿Puede haberlo más grave que la apología de Prat de la Riba, hecha precisamente por un profesor de nuestra Universidad, desde las columnas de una Revista, que ostenta la Protección Oficial?

Intelligenti Pauca.

Dr. JOSE MONTAGUT ROCA

Canónigo



SOBRE LA DEMOCRACIA LIBERAL

C EÑIMOS deliberadamente estos apuntes con pretensiones de ensayo, a una determinada vivencia histórica, persuadidos de antemano de que cualquier investigación minuciosa a través del complejo proceso democrático representaría, amén de un cúmulo interminable de páginas, un motivo de desconcierto y perplejidad para el lector, que, junto al concepto clásico de la democracia, propio de la era antigua, bajo el cual el individuo que procede directamente a la elección de gobierno, ve posteriormente limitada su esfera de libertad hasta extremos hoy inconcebibles en la dictadura más despótica, hallaría ese otro concepto de los filósofos de la Ilustración—incubado en sus esencias más puras al amparo del feudalismo centro-europeo, como agudamente señala Ortega (1), y cuya virtualidad más reciente acaso resida en el conservadurismo británico—, que reconoce un margen exhaustivo a la libre determinación individual; y al lado de tal versión de la idea democrática, otra de signo orgánico, jerárquico, sin mengua de la participación popular, como acontece en los sistemas nacional-socialista y fascista, sobre todo en el primero, fruto de unas elecciones efectuadas con arreglo a la más estricta ortodoxia mayoritaria (2).

(1) J. Ortega y Gasset, "Notas del vago estío. Ideas de los castillos. Liberalismo y Democracia".

(2) "Sólo cuando se aunan los tres factores: popularidad, fuerza y tradición, puede una autoridad considerarse inmovible". Hitler en "Mi lucha". "El Fascismo puede ser definido como una **democracia** organizada, centralizada, autoritaria". Mussolini, en "La doctrina del fascismo".

Con todo, hácese precisas algunas consideraciones previas acerca de la DEMOCRACIA "in genere". En realidad, muévenos a este apartado preliminar, el deseo de comprobar si, efectivamente, vocablo tan traído y llevado encierra posibilidad de realización digna cuando se le desprovee de los consabidos prejuicios y de las inconfesables ambiciones de sus numerosos campeones. Aspiramos a dilucidar hasta qué punto la más honrada versión práctica de la democracia dista de los postulados ideales.

Descomponiendo la raíz etimológica, surgen los términos griegos "demos", pueblo, y "cratos", fuerza o poder. Es decir, el ejercicio de los Poderes Públicos corresponde al pueblo. Pueblo, pueblo..., aquí podríamos dedicar un capítulo especial a la vindicación solemne del recto sentido político de la palabra. Mas el quehacer que ahora nos ocupa no permite digresiones extensas. El concepto de pueblo (en Germania, "sentido", con necesidad más vital, directa y entrañable que en Grecia y Roma) requiere el concurso de todas las voluntades y se manifiesta merced a la invisible atadura de una común idiosincrasia, de una misma herencia espiritual, de idéntico bagaje legal y consuetudinario. En la augusta acepción del vocablo no cabe una aristocracia hermética, una monarquía despótica, una clase social dominadora o un grupo mayoritario con entreveramiento de castas. La voz PUEBLO encarna el profundo sentido solidario de toda una comunidad política. ¿Por qué rehuir tan hermosa expresión? Rechazamos la de "sociedad civil" u otras afines, con visos de fría estructuración jurídica, que propugnan algunos tratadistas, achacando a la nuestra matices gregarios, alcance anfibológico, honradamente inexistentes.

La fórmula "poder a cargo del pueblo" implica una simple facultad de elección. Vaga prerrogativa, que, erigida en nervio del sistema, crea a éste insolubles problemas, concluyendo por evidenciar su falta de consistencia. Berdiaeff ha visto esto con fecunda diafanidad. El pueblo gobierna, pero, ¿qué es lo que *debe* escoger?, ¿cuál es la última verdad abrazada por la causa comunal? (Y no se aduzca: la libertad. La libertad no pasa de medio, de garantía del obrar.) En el mejor de los casos —no se olvide que estamos refiriéndonos a la democracia en general—, el gobierno del pueblo por el pueblo implicaría un programa sublime con mediocre plasmación. Falta el criterio teleológico ordenando esa rectoría, encaminándola hacia una verdad superior. Escribe el genial pensador ruso: "Desde el momento en que la democracia defina la finalidad hacia la cual deba orientarse la voluntad del pueblo, se verá obligada a situar aquella finalidad por encima del propio principio formal de la expresión de la voluntad, y deberá acatarla como base de la sociedad" (3). O sea, el régimen democrático condena al espíritu humano a una penuria trágica de todo aquello que eleva y dignifica el alma. El pueblo se basta a sí mismo, toda su ilusión se cifra en autoafirmarse (el individuo colectivo capta de la antigüedad pagana, del Renacimiento humanista, el sedimento de autosuficiencia). En la práctica, este pueblo se transforma en grotesco comodín de un núcleo dirigente incapaz de una aspiración suprema que oriente y discipline la conducta de los ciudadanos. ¿Cómo

(3) Berdiaeff, "Una nueva Edad Media".

resuenan en nuestros oídos las palabras de San Pablo: "En un mismo espíritu hemos sido bautizados para ser un mismo cuerpo, ya judíos o gentiles, ya siervos o libres, y todos hemos bebido en un mismo Espíritu"!

Adrede hemos soslayado abordar el fenómeno político que adquirió vigencia universal en el siglo XIX, aunque remontándose en sus albores a la *Edad Media y período de las grandes reformas*. Aludimos, claro es, al **LIBERALISMO**.

El liberalismo y las constituciones (Cartas con patente finalidad de limitación de poder) florecen plenamente a raíz de una decisiva experiencia histórica: la Revolución Francesa. Decir liberalismo presupone vincular este fenómeno al fragor de la Revolución, como decir "democracia moderna" abarca una entrañable afinidad entre la *democracia y el liberalismo*, que si bien responde a cuestión de Derecho Político distinta, no puede eludir el síndrome común.

La Revolución Francesa constituye, pues, el primer paso de la democracia moderna. Pero, nos preguntamos, ¿fué aquélla realmente una Revolución? En verdad hubo avance considerable con la conquista inmarcesible del estatuto de libertad personal, de un derecho positivo común a todos los miembros de la nación (4), mas en lo esencial medió imperdonable estancamiento; la renovación de la inteligencia, la revalorización del espíritu humano, tarado por los principios humanistas que encumbraban sutilmente la materia y el individuo, no llegó a realizarse. ¡Qué magnífica coyuntura histórica desperdiciada! La auténtica revolución requiere, en donde quiera que se presente, una visión universal, un profundo sentido de recobro de valores eternos (ese era el alcance de la mirífica expresión joseantoniana: "devolver a los hombres los sabores antiguos de la norma y del pan"); jamás una revolución implanta algo nuevo, más bien restituye a la vida activa principios latentes desde el comienzo de los siglos (5). La revolución que olvida las grandes verdades superiores, está de antemano condenada a malograrse. Los Derechos del Hombre, la Libertad y Fraternidad proclamados en la Constitución de 1791, ya regían como norma —aunque con terminología menos demagógica— en las conciencias cristianas desde dieciocho siglos antes; pero aun reconociendo la viabilidad civil de esta trilogía gracias al suceso revolucionario, brillaba por su ausencia ese trasfondo invisible de la fe, informando con divino soplo aquella conquista notable. Lo que pudo significar un retorno, una auténtica revolución, quedó de esta forma reducido a una serie de medidas de garantía. Las muchedumbres enardeci-

(4) El Estado liberal quizá profese aquella "política del Poder" marcadamente juricista por que aboga Ihering. Nuestra opinión personal es de que ni aun en las elevadas normas de la Ética cabe encasillar la función de poder. La referencia debe ser de orden religioso, teológico, trascendente.

(5) Revolvere: volver atrás. El hombre tiende históricamente a apartarse de su destino natural: las revoluciones envuelven un elemental deseo de regeneración colectiva. Cuando Ortega fustiga a las revoluciones lo hace negándoles una continuidad que precisamente constituye su nota fundamental.

uas, creyendo obrar a impulsos innovadores, lo hacían arrebatadas por la más torpe indignación. Más que a implantar una nueva organización político-social, tendíase a derrocar lo existente; en vez de edificar sobre aquel mar de sangre, inútilmente derramada, una "revolucionaria" concepción del Hombre, el instinto defensivo y reaccionario conformóse a la postre con la consagración legal de unos derechos individuales, inalienables e imprescriptibles.

Frecuentemente se ha combatido al liberalismo desde el ángulo económico, con olvido de agentes de signo espiritual infinitamente más trascendentes. Además, conviene tener en cuenta, a este respecto, que la desarmonía económicosocial del sistema liberal frente a la planificación progresiva, obedece primordialmente a una imperiosidad de los tiempos actuales, que, con la industrialización universal, exigen una estatal intervención, ordenando las diversas iniciativas privadas hacia metas de objetivo equilibrio social. El mismo maquinismo, convertido hoy en causa determinante de este cambio radical, fué posible merced al esfuerzo de contadas personas, en ocasiones después de vencer obstáculos de procedencia oficial. No olvidemos que el hecho económico liberal representó inicialmente un acierto indiscutible en medio de un mundo enmohecido a fuerza de ruralismo y artesanía. El "dejad hacer, dejad pasar" tuvo, económicamente, su época, eso es todo. Es decir, los modernos procedimientos acusan, más que error en los primitivos, su superación, o si se prefiere, su anacronismo. Precisamente ese éxito inicial incuestionable sirvió para desorbitar la importancia del factor económico y pretender fundamentar ya las delicias del sistema en todos los órdenes de la vida, cuando es evidente un fallo esencial al tratar de justificar la actitud del hombre frente a los problemas del espíritu en un relativismo desconsolador. El individualismo —doctrina de la soberbia— desconoce la existencia de un conjunto de valores ajenos a las realidades económicas o jurídicas. El alma, Dios, cuanto alienta fuera de la percepción sensorial o estrictamente racional del sujeto, tiene escasa o ninguna relevancia. La afirmación del hombre, desligado de Dios, al que se le llega a negar, de las leyes naturales y de la sociedad misma, la afirmación de que la existencia precede a la esencia, no es más que el postrer capítulo, el paroxismo histórico de una herencia nefanda. Y frente a este existencialismo que apura la concreción del hombre, álzase otra derivación perversa, aunque de signo contrario: el socialismo, que desvincula a la criatura humana del fuero espiritual en aras de un materialismo místico (recuerdo una frase de Zweig sobre Dostoiewski en la que señala en el escritor epiléptico una metafísica de la carne: vivimos en la era de las sangrientas paradojas), diluyendo la personalidad creadora en un gregarismo informe y catalogando toda actividad en productos y subproductos. ¿No palpita bajo sendos puntos de vista la misma constante, una idéntica petición de principio de autoafirmación y autosuficiencia, la huella de un liberalismo a su vez empapado de las notas más características del humanismo renacentista?

En virtud de cuatro pobres preceptos constitucionales, tabú de una democracia absurda, un mundo incrédulo aspira nada menos que a gobernarse. Equivale a tanto como pretender construir una anchurosa carretera comenzando por abrir caprichosamente dos zanjas paralelas, cuando la razón nos dicta que primero debe proyectarse el camino; sólo así las zanjas llegarán

algún día a ser cuneta, contorno, limitación adjetiva de una suprema proyección.

El contorno, la limitación jurídica, pudiera ser ese conjunto de prerrogativas reconocidas al individuo, en aras de una libertad de acción frente al Poder constituido, por la democracia liberal. Mas el camino, la proyección de futuro, es la fe, la fuerza del espíritu, aquel sublime anhelo agustiniano de la "Civitas Dei". No importa que el destino del hombre—y de los pueblos—en el orden terrenal sea constituir una viviente utopía, una pura pretensión: más allá, en Dios, todo es posible.

José P. DE LA PUENTE



LA LLUVIA

ASI, sencillamente :
de su misma palabra,
virgen,
la lluvia,

cae.

En su origen, el agua
era sólo una voz,
después, una esperanza :
una nube en silencio
que en el cielo se ensancha
en tanto que en los labios
del tiempo se adelgaza.
Una voz que se olvida
a si misma y no es nada,
—un arpegio de luces
abriéndose en gargantas—
cuando ya lluvia,

virgen,

cayendo, se derrama...

La lluvia de su mismo
nombre, llueve y es agua.

FRANCISCO GALÍ

SONETO

ESPERAME Señor que vas huyendo,
Señor a quien persigo, a quien requiero,
a quien busco en el valle y el otero,
por quien me abraso, para quien me enciendo.

Tienes que verme y sé que me estás viendo,
cómo en esta existencia desespero
y me debato sin tenerte y muero,
como hacia ti, Señor, los brazos tiendo.

Espera sin huir que estoy cansado
y quiero descansar a tu costado,
no dejes a la vida que me venza.

Aguárdame a la vuelta del camino,
En la paz del sendero campesino
que su fin tiene en ti, que en ti comienza.

JAIME FERRÁN



LAS TÉCNICAS DE LA LITERATURA SIN AUTOR

A RAÍZ de la adjudicación del premio Goncourt 1950, André Billy —uno de los académicos jurados— se queja, en un artículo publicado en “Le Figaro Littéraire”, de que el libro que patrocinaban Colette y él —“L’amour triste” de Bernard Pingaud— alcanzara tan poco éxito entre sus compañeros de voto y de que a la postre quedara relegado a un segundo lugar, detrás de “Les jeux sauvages” de Paul Colin. A lo que parece, “L’amour triste” es una novela de análisis, elegantemente escrita, de moldes clásicos. Su contenido, su tema, con ser tan antiguo —las relaciones conyugales de una joven pareja— está desarrollado con la franqueza característica de hoy. “No, lo que se le reprocha —escribe Billy al narrar la discusión que hubo entre los miembros del jurado respecto a esta novela— no es su contenido, sino su continente, su fórmula, su estética, su género, su estilo, que no están de acuerdo con el gusto moderno... Hay, pues, en resumidas cuentas, un género de novela condenado, excomunicado por la mayoría de la Academia Goncourt:

la novela de análisis.” Y esto es algo que no puede comprender Billy, algo que le excita, que le indigna. A él y a los que como él piensan, vamos a tratar de explicarles cómo y porqué se ha llegado a una situación en la que un género de novela ha quedado proscrito, excomunicado, temporal o definitivamente periclitado.

Hay un hecho de no difícil constatación en la literatura moderna. Por enunciarlo de algún modo, diremos que es el de la progresiva desaparición del autor, como tal, de las páginas de sus libros. Este proceso puede revestir diversas formas que a la postre resultarán ser nuevas y distintas técnicas narrativas. La novela del siglo XIX, por ejemplo, sólo conocía un punto de vista narrativo: el del autor. El, el creador, disponía totalmente de los actos de sus personajes, los dirigía, los encaminaba hacia el fin que se había propuesto, sin vacilaciones, con la seguridad de quien se sabe dueño de la situación, obra suya. Comparemos ahora este enfoque narrativo con el de las novelas más representativas de nuestro tiempo. Predominan ahora las narraciones en primera persona o los relatos objetivos que se limitan a reproducir, con la misma imparcialidad que lo haría una cámara cinematográfica, las situaciones, hechos y escenas que constituyen el argumento de la novela. Y aún, una técnica nueva, revolucionaria, acentúa la distancia entre los términos de la comparación: el monólogo interior, empleado certeramente por primera vez por Schnitzler y consagrado por Joyce, primero, y Faulkner, después.

Un cambio tan radical, una escisión tan profunda, no se habían producido nunca en la historia de la literatura narrativa. Si nos remontamos a fines de la Edad Media, fecha algo imprecisa en la que podemos fijar el momento en que el narrador empieza a tener conciencia de su arte, veremos que hasta aquel momento narraba sin intervenir él mismo en el relato más que como mero instrumento transmisor de temas de origen popular recogidos por tradición. Es en el momento en que forja personalmente las ficciones literarias que publica, cuando se descubre el narrador a sí mismo y siente, de pronto, la vergüenza de su impudicia —la de contar a la gente historias inventadas, falsas por tanto, por carecer del soporte venerable de la tradición, del mito. Se le ocurre, entonces, una técnica que ha de servirle de taparrabos, que ha de ocultar esa impudicia que tanto le preocupa. Y pone su relato en boca de un narrador de tradición oral e introduce un auditorio ficticio que representa su público real. He aquí, por ejemplo, el “Decamerón”. Si pasamos de Boccaccio a Cervantes y aún a las novelas de los siglos XVII y XVIII, el procedimiento narrativo se complica con la incorporación a la novela de la fábula,

la sátira, el retrato, etc., pero la figura del autor se independiza y adquiere un relieve que llegó a considerarse definitivo: el narrador, el novelista, aparece en el primer capítulo y anuncia su relato, interpela a sus lectores y les asegura la veracidad de su historia. Todavía un pequeño paso más y llegamos a la novela del siglo XIX. Poco ha variado ya la posición del autor. Si queremos precisar, afinar un poco más su perfil, tendremos que subrayar su carácter absoluto. Poco importa ya asegurar al público que su relato es verdadero. No se hace cuestión de ello. Por otra parte, el autor rehuye en lo posible tener que descender a dar explicaciones. Se diría que “guarda las distancias”, tanto con los lectores, como con sus personajes. El novelista está imbuído de su importancia de creador. Se ha convertido en el Autor.

Situada en alto pedestal, la figura del escritor, del creador de novelas como tal —no como hombre o ciudadano— aparece intocable. Pero he aquí que un filósofo —un loco dirán después aquellos a quienes convenga— proclama un día *la muerte de Dios*. A primera vista, es el novelista el más beneficiado por tan importante defunción. Al faltar el término absoluto de comparación, queda él mismo como un dios, como un creador vivo, todavía con poder y facultad inagotables de creación. Sin embargo, la verdad es que sus horas están contadas. Porque la muerte de Dios no significa tanto la muerte de la divinidad de los místicos, como la muerte de los valores humanos —espirituales morales, sociales— que se apoyaban en Dios, que en El se responsabilizaban. En la novela, la anécdota era narrada desde el punto de vista del absoluto, del orden, que era lo que correspondía a una sociedad estabilizada, que no tenía consciencia, aún, de los peligros que la amenazaban. Pero llega un momento en que tan sólido edificio empieza a resquebrajarse y se tambalea. Y el escritor, el novelista, el creador, situado en lo más alto, es el primero en caer y desaparecer bajo los escombros del edificio en ruinas. Los supervivientes y los jóvenes han de extraer consecuencias y la primera de ellas es una profunda lección de humildad, de sinceridad, de autenticidad. ¿Cómo será la nueva literatura? Correspondiendo a una nueva concepción del mundo ¿desde qué punto de vista se enfocará la narración? ¿Qué técnicas se emplearán? La respuesta a estas preguntas encierra la clave para la interpretación de toda la literatura actual y por el breve análisis de las tres técnicas más importantes de la novela de hoy intentaremos descifrar el sentido de lo que podríamos llamar literatura sin autor.

El relato en primera persona es la primera manifestación de que el punto de vista narrativo ha variado. El escritor ha bajado del

pedestal en que estaba situado y se ha mezclado con la gente. Uno más entre ellos, ha empezado a vivir la vulgar y cotidiana existencia. Y un buen día nos cuenta *su historia*. En seguida se nota el cambio: en general, esos relatos en primera persona ganan en realismo en relación con las obras post-románticas y en normalidad en relación con las naturalistas. Sin embargo, el autor aún conserva resabios de su pasado importancia. Habrá que llegar al año 25 ó 30 para que, saturado el ambiente por otras técnicas nuevas, la identificación autor-personaje sea perfecta. Pero ésta es una nota difícilmente alcanzable. En general, el relato en primera persona —que tenía precedentes en la novelística del siglo pasado— no es más que un estado de transición entre el punto de vista absoluto que caracteriza la novela del siglo XIX y el doble polo subjetividad-objetividad que caracteriza a la del XX. Es una etapa en la que se estancan algunos escritores de fácil éxito que, sin que pretendan hacer literatura auténtica —y aquí entendemos por literatura auténtica la que se obliga a permanecer fiel a su época—, se han visto obligados a una modernización de su técnica. Caso típico es el de Somerset Maugham que interviene como personaje —generalmente secundario— en casi todas sus obras y que, incluso, con una clara consciencia de la situación, intitula uno de sus libros “Six histories told in first person singular” (el título de la versión española es distinto) (1).

El monólogo interior representa una revolución total en la novela. En cuanto a la cuestión que nos ocupa —el enfoque narrativo en relación con el papel desempeñado por el autor— podemos constatar que el monólogo interior significa la desaparición del autor, como tal y aún como personaje, de las páginas de sus libros. La variación técnica que tal innovación supone es la consecuencia de una nueva concepción del mundo. No podemos extendernos aquí sobre ésta —que en Joyce, por ejemplo, tiene consistencia ideológica, metafísica— y sí, solamente, tratar de explicar en qué consiste su técnica y su relación con el tema que nos hemos propuesto.

Al hablar del monólogo interior —en su estudio “Qu’est-ce que la littérature”, publicado en “Les temps modernes”— dice Sartre: “Se trata, en suma, de llevar hasta el límite la hipótesis de una subjetividad primera y pasar del realismo llevando hasta el absoluto el idealismo. La realidad que se muestra sin intermediario al lector no

(1) Sobre el grado de consciencia que tuvieron algunos autores respecto a la crisis del punto de vista absoluto en la narración—el del Autor-Dios—sería interesante analizar el momento y los autores (Unamuno, Pirandello) en que se presenta el fenómeno de “la rebelión de los personajes.”

es ya la cosa ella-misma, árbol o cenicero, sino la consciencia que ve la cosa; lo "real" no es más que una representación, pero la representación llega a ser una realidad absoluta puesto que se nos entrega como dato inmediato. El inconveniente de este procedimiento es que nos encierra en una subjetividad intermonádica y además diluye el acontecimiento y la acción en la percepción de uno y otro. Ahora bien, la característica común del hecho y del acto es que ambos escapan a la representación subjetiva: ésta alcanza los resultados, pero no el movimiento vivo. En fin, no es sin algún truco que se puede reducir el caudal de la consciencia a una sucesión de palabras, incluso deformadas." Truco que no importa demasiado, añadimos nosotros, puesto que nos encontramos en un terreno en el que hay que admitir la convención, tanto en la relación autor-obra, como en la relación obra-lector. Lo que sí importa es la novedad del intento, la búsqueda de la subjetividad a toda costa, el definitivo arrinconamiento del punto de vista absoluto, diríamos divino. Por otra parte, el empleo del monólogo interior obliga al lector a un esfuerzo considerable, hasta tal punto que, en los autores que logran la máxima perfección técnica —Joyce, Faulkner—, interviene el lector de una manera decisiva en la interpretación del texto, encontrándose como forzado a sustituir al mismo escritor y llegando a ser como autor de lo que está leyendo. Entonces, la fusión autor-lector da una dimensión nueva y de inagotables posibilidades a la novela que, en el sentido que ahora nos interesa, se distancia cada vez más de la concepción clásica y, por tanto, del enfoque absoluto. En síntesis, el monólogo interior representa una profundización en el mundo subjetivo del individuo, con toda la secuela de consecuencias que significa el tener acceso a su inconsciencia. Este enriquecimiento técnico presupone, empero, la pérdida del emplazamiento absoluto, divino, al que antes hacíamos referencia. Y esa pérdida entraña el abandono de la seguridad, del orden, sustituidos por la inestabilidad, la angustia y la persecución por una fatalidad de la que no conocemos ni el sentido. El monólogo interior representa, pues, una nueva concepción del mundo de la que son principales integrantes la inseguridad, "el temor y el temblor".

En realidad, la técnica objetiva de la novela contemporánea constituye —frente a la clásica novela de análisis— una revolución literaria tan importante como puede haber sido la del monólogo interior. Aparentemente, sin embargo, no ha sido así. Y es que nuestra sensibilidad colectiva está profundamente modificada, aun sin que nos demos cuenta, por el cine. Esto ha hecho que al estar habituados a *ver narrar*, en vez de *oír narrar*, no nos haya sorprendido un tipo de

novela — la llamada novela americana— que se limita a narrar historias con la misma objetividad que lo haría un cámara de cine, esto es, reproduciendo fielmente —sin añadir el menor comentario, el menor análisis, que represente la presencia de una subjetividad aparte del mundo en que se desenvuelve la anécdota—lo que es puramente exteriorización —perceptible por otro, hombre o cámara—, de una conducta humana frente a una situación dada. Naturalmente, el cine no ha sido ajeno a la creación de esta técnica; es más, sin el cine podemos asegurar que no hubiera alcanzado la perfección y extensión que actualmente posee. Claude-Edmonde Magny —en “L'âge du roman américain”— al hablar de las dos innovaciones principales que aporta la novela americana, dice: “Una de ellas concierne al modo de narrar que se hace absolutamente objetivo, de una objetividad llevada hasta el *behaviorismo*, hecha de convenciones adoptadas en la presentación de acontecimientos, convenciones impuestas al cineasta por la misma naturaleza de su arte, pero que el novelista moderno ha escogido libremente: se describirán únicamente los hechos exteriores, sin comentarios ni interpretación psicológica. Un segundo grupo comprende innovaciones más específicamente técnicas, hechas posibles por la extensión a la novela del principio de los cambios de plano, cuyo descubrimiento transformó al cine convirtiéndole en arte. Como el director de cine, el novelista se permite ahora situar su cámara donde mejor le parece y variar continuamente su posición para mostrarnos la vida de sus personajes bajo una incidencia imprevista, desde muy cerca o desde muy lejos, haciéndonos ver una escena tan pronto por los ojos de los protagonistas, como por los de otros, y esto conservando la continuidad esencial a toda narración, sea impresa o filmada. Podemos relacionar esta innovación capital con el empleo en la novela de procedimientos típicamente cinematográficos: fundido encadenado, sobreimpresiones o *crossing-up*, por otra parte de importancia secundaria y de los cuales la literatura americana nos ofrece múltiples ejemplos.”

Vista la influencia ejercida por el cine sobre la técnica objetiva, hemos de hacer breve referencia a su fundamentación filosófica. Es precisamente en América donde ha nacido y cobrado importancia la escuela filosófica conocida con el nombre de *behaviorismo* y que podría definirse “por tener solamente por real, en la vida psicológica de un hombre o de un animal, lo que podría percibir un observador puramente exterior, representado en el límite por el objetivo de una cámara cinematográfica; por eliminar lo que sólo puede ser conocido por el sujeto mismo por medio de un análisis interior; en fin, por reducir la realidad psicológica a una serie de conductas en las que

las palabras y gritos tienen la misma importancia que los gestos y ademanes." La técnica objetiva se adecúa precisamente al *behaviourismo*. Y los efectos obtenidos sorprenden por su riqueza de matices psicológicos, a primera vista imposibles de lograr por mera descripción externa, sin bucear profundamente en el interior de los individuos. Maestros del género son Hemingway y Caldwell y, principalmente, Dashiell Hammett, que en su obra "The glass key" lleva hasta el límite las posibilidades técnicas obteniendo resultados psicológicos y estéticos fundamentales para la consideración histórica de la novela americana.

La técnica objetiva señala, quizás, el punto culminante de la ausencia del autor de las páginas de sus obras. La frialdad, la imparcialidad del ojo de la cámara se contagia al lector que asiste impávido al desfile de personajes y acontecimientos con la impresión subjetiva de que unos y otros están sujetos a una inexorable fatalidad contra la que no hay nada que hacer, pues no existe un poder superior a ella —que podría representarse por el valor absoluto Dios-Autor— que pueda modificar o destruir su inexorabilidad. Esta frialdad e impavidez con que el lector presencia el desarrollo del argumento, está en buena parte provocada por la estupefacción consiguiente a la comprobación de que su vida, al igual que la de los personajes de la novela —que de ser relatada objetivamente sería sensiblemente pareja a la de éstos— está, en realidad, tan desamparada, tan falta de valores absolutos, igualmente abandonada a una inexorable fatalidad.

La utilización de la técnica objetiva combinada con las otras dos técnicas de que hemos hablado ha producido obras de una profundidad no conseguida hasta ahora. Esa mezcla de objetividad, monólogo interior y relato en primera persona, está plenamente conseguida en algunas obras de Faulkner, por ejemplo. En "L'Etranger", de Camus, se utiliza para traducir una muy particular concepción del hombre y del mundo una sutil disonancia entre una descripción objetiva de acontecimientos y una narración en primera persona de tipo introspectivo. En todo caso, la utilización en una misma obra de dichas técnicas enriquece extraordinariamente las posibilidades narrativas y es lo que ha otorgado a la novela de nuestro tiempo —al hacer posible una literatura que expresara la complejidad de la actual coyuntura— la importancia ideológica y social de la que, en realidad, hasta ahora había carecido.

Para concluir —después de haber recorrido en fugaz panorámica las técnicas de la novela de hoy, de esta *literatura sin autor*— volva-

mos brevemente al punto de partida, a la novela de análisis. Si ha sido posible que la mayoría de la Academia Goncourt la rechazara —como amargamente se queja Billy— no ha sido por arbitrariedad o snobismo, sino por consciencia del momento histórico que exige —más que otro momento cualquiera de la historia— una adecuación de la literatura a la situación actual y una función específica que la misma debe desarrollar. De ahí el concepto del compromiso, de “l’engagement”, tan debatido actualmente.

Hemos visto que la novela de análisis representaba un momento histórico en que el punto de vista absoluto —divino— tenía, aún, vigencia. La sociedad estaba ordenada según una serie de valores que se responsabilizaban directamente en Dios. Ahora, todo ha cambiado profundamente. En afortunada frase de Alex Comfort, la actual es una “sociedad asocial”. La nuestra es una sociedad de espectadores —referente a las manifestaciones artísticas y culturales— “congestiva pero solitaria”. El progresivo fenómeno de *masificación* que describe Ortega es profundamente asocial. Por otra parte, la masa no constituye soporte alguno para el individuo inmerso en ella. Todo eso ha de reflejarlo la literatura actual. Y la novela se encarga de hacerlo. Su espíritu vivo y penetrante, que habla directamente al individuo como tal, es el vehículo apropiado para la transmisión de las vacilantes ideas del hombre contemporáneo. Se comprende así la inactualidad de la novela de análisis que da del hombre una imagen demasiado soberbia, que disfraza y oculta su incoherencia profunda, que le ayuda a convencerse de su ilusoria importancia de rey de la creación.

El tema no se acaba aquí. En puridad, aquí empieza: éste ha sido el prólogo. Ahora deberíamos hablar del verdadero sentido de la novela contemporánea, del nuevo humanismo que nos llega de su mano, de su significación ascética, de su posible arribo a las playas de una nueva mística. Quede el hacerlo para otras ocasiones, si éstas llegan.

J. M. CASTELLET

ENTRE SOL Y SOL

«Hasta en el sueño son los hombres obreros de lo que ocurre en el mundo.»

CONOCIDA la gran estrategia de los bandos que se proponen dominar al mundo, ha sido mucho más laboriosa la tarea de desentrañar las aparentes contradicciones de su táctica.

Las políticas nacionales, tantos años ya ficticias, se han visto desbordadas por dos frentes geográficamente circunscritos y humanamente mundiales. Cada día que pasa la idea de nacionalidad une menos y el concepto de clase llama más. Sólo en los pequeños islotes agrícolas —no industrializados— perdura el antiguo nexo patrio —más fuerte que la casta— por el que unos y otros irían juntos a la muerte. Pero el capitalismo internacional nos ha conducido —fatalmente— al internacionalismo del Trabajo.

La Internacional capitalista, anterior y como natural, ha dominado al mundo —en paz e injusticia— tantos años, que ir contra ella parece atentar contra una sagrada tradición. Está admitido, sin ré-

plica, que los poderosos manden y los pobres obedezcan, que las leyes sólo obliguen a los débiles, que las guerras las hagan —y las pierdan— los menesterosos, y las contemplen y las ganen los acaudalados. Esto, que podrá sonar a demagogía, ha sido tanto tiempo verdad, que no exponiéndolo así, resultaba, para muchos —para casi todos— *la verdad*.

La posición internacional de esta fuerza, fué quien primero ignoró los límites nacionales. Lo que en la paz se nos pintó como necesidades de las economías de los Estados, no pudo disfrazarse en tiempos de guerra y apareció a los ojos de los humildes y de los sencillos como la más monstruosa de las inmoralidades.

Tomó posición, pues, primero, y fué primero internacional el poder que en el mundo representaba el capitalismo.

La afinidad entre los grandes hombres de negocios, de cualquier nacionalidad, fué consecuencia de la comunidad de sus intereses y éstos estuvieron siempre, por encima de su condición de seres pertenecientes a una raza, a una lengua e incluso a una religión.

Cuando el otro frente fué perfilándose, nos pareció un atentado contra el orden natural de las cosas. Por eso los primeros intentos de internacionales del trabajo fueron fulminantemente malditos.

Pero como la maldición partía de una injusticia, la semilla sembrada creció. Con todos los convencionalismos, con todos los tópicos y hasta con todas las creencias en contra.

Cuando ya poderosa pensó en dar la batalla a su enemigo, no tuvo lugar a opción. La estrategia enemiga la había colocado en el término sin fronteras de lo internacional.

No apareció la segunda con más prejuicios ni ataduras que la primera. Su lucha por imponerse no conocía tampoco más moral que la de la victoria, aunque a la postre fuera tan injusta como la otra. Era sacar un clavo con los martillazos con que se clava el que lo sustituye.

El hambre —que es mala consejera— tiene también afinidades. Afinidades que —lógicamente— saltaron las fronteras.

Pero en este desconcertado concierto, faltaba la voz de las clases históricamente medias. Que, si bien habían dado —casi siempre— a las dos internacionales, sus hombres-guía, tampoco se conformaron con vivir sufriendo los bandazos a que los vaivenes de la lucha de los dos colosos las tenía sometidas.

Fué entonces, cuando volviendo —revolviendo— los ojos a la historia aparecieron los últimos conatos de nacionalismo.

Mientras Mussolini pudo limitar la influencia de sus teorías a Italia, ni el Capital ni el Trabajo, vieron en él un enemigo. No estaba planteada la lucha en los términos que él creyó. Pero, por encima del político italiano —y acaso contra su propósito— las clases medias del mundo entrevieron la salvación. Y florecieron los *fascismos*, que eran muchos, pero que bien podrían llegar a ser uno. ¡Allí estaba la tercera fuerza! Demasiada, para un mundo tan pequeño. Por eso, cuando, consciente —o inconscientemente—, empezó a tomar posiciones para el combate, adoptó la misma estrategia que las dos grandes. Pero no pasó de ser un enemigo en potencia. Porque antes de que consolidara sus bases —territoriales e ideológicas— las dos internacionales —anteriores y más poderosas— se unieron y lo aplastaron, como enemigo común, aunque para ello tuvieran que aplazar sus planes de conquista.

Borrado el peligro, otra vez tornaron a sus posiciones; el Capitalismo a seguir su lucha defensiva, como amo anterior y seguro, el Trabajo como enemigo cada día más fuerte y con más apetencia de dominio.

Estamos asistiendo a los primeros combates de esta guerra colossal. Veamos la coincidencia de su táctica, como conocemos la de su estrategia.

Hablar de revoluciones nacionales es, si no una inmoralidad, sí una inconsciencia. Está aquí el primer objetivo táctico de los internacionalismos.

Si es una verdad incontestable, divide y vencerás, las revoluciones nacionales, tal como actualmente se entienden, son el primer paso para la división.

La posición geográfica de los Estados, dada la situación territorial donde se apoyan las internacionales, les coloca automáticamente bajo la tutela —impuesta, claro está— de una de las dos. El orden por qué se rigen ha de ser, necesariamente, marcado por el tutor que la suerte les ha deparado; por lo que revolucionar este orden, ha de ser, lógicamente, rebelarse contra él.

Hasta ahora los países capitalistas que han intentado la revolución, entendían como imprescindible, para librarse del poder extraño, nacionalizar —más o menos totalmente— todo lo que pudiera representar al internacionalismo bajo el que hasta entonces habían vivido. Era el primer paso. Los intereses lesionados del interior del país entablan la oposición más tenaz, el capitalismo exterior inicia el cerco intentando el ahogo fulminante y el Estado, que intentaba por ese camino la justicia, al que el orden anterior había incapacitado para autodefenderse, o se rinde o pasa a depender más o menos totalmente

de la Internacional Comunista que le ha tendido los brazos, si ya no era quien le había lanzado a la revolución. Pero, aún suponiendo que el intento se lograra, sería un baluarte indefenso a merced de cualquiera de los otros dos, cuando y como ellos lo determinaran. Prácticamente vemos la imposibilidad de esta tendencia. Actualmente han fracasado todos los intentos. Acaso hace dos decenios pasó por el mundo su hora y nadie la quiso ver.

El fenómeno contrario puede exponerse en los mismos términos. Cuando la Internacional Comunista tutela a los pueblos que la geografía ha dejado a la sombra de su tupida tela de araña, la reacción revolucionaria de éstos ha de ser evidentemente contra el orden por ella impuesto.

Aparecen los comunismos nacionales. Otra vez a empezar. Los partidarios internos pasan a la oposición, el comunismo internacional acude al cerco, y el nacionalismo cae. Porque pacta, y pactar es la derrota, o va a pasar a manos de la Internacional capitalista, si no había sido ésta quien había financiado la nacionalización.

A estrategias idénticas, idénticas tácticas.

Los ortodoxos del marxismo saben ya que es imposible saltar de Lenin a Trotsky sin pasar por Stalin. Y los prohombres del capitalismo que era imposible ir de la familia Rotschild a Truman, ignorando la política diabólica de Roosevelt.

Así encontramos al mundo en esta panorámica, "entre sol y sol".

El camino que recorrieron los dos colosos fué inverso.

El capitalismo primero fué poder, después idea. El comunismo pasó de una gran siembra ideológica a la plasmación de su incommensurable poder.

¿Es posible la tercera fuerza?

Si por esto entendemos una más, la historia más reciente nos demuestra que no. Ahora bien, si la tercera fuerza aspira a anular a una de las otras dos, a las dos incluso, acaso tenga esperanzas de viabilidad.

Sólo afirmando, en este maremágnum de negaciones, ante las dos alas de la gran injusticia que nos amenaza, podría salirse a la palestra. Hasta ahora sólo antis han tratado de entorpecer la marcha triunfal de las internacionales. Ha de ser fuera de la línea —una misma— en cuyos extremos están colocados el capitalismo y el comunismo.

Existe en el mundo un indudable fondo de justicia. En ningún caso mejor expresado, que en la justicia predicada por el cristianismo, pero compartido por miles de millones de hombres aún no comprendidos en esta religión.

La base de la tercera fuerza está ahí. Pero el nexo, el vínculo que ha de enlazar estas tendencias no puede ser, por ahora, el cristianismo. Y no puede serlo, porque se precisa una labor previa de desenmascaramiento. Una de las Internacionales existentes, el capitalismo, no sólo pretende ser cristiano, sino el único y último paladín de Cristo.

La esperanza de la humanidad puede cifrarse en el tiempo que las dos Internacionales necesiten para lanzarse decididamente a la conquista de la Tierra.

Si los hombres quieren librarse de esta terrible amenaza, habrán de poner su afán en el arraigo de la más humana teoría de justicia. Saltando fronteras y olvidando razas. Así está planteado el problema y así habrá que resolverlo.

Ha pasado la hora de los nacionalismos, si no se quiere hacer el juego y preparar la tarea de las Internacionales que nos asfixian.

Si en política es inmoral ofrecer lo imposible, y si es cierto que la revolución es necesaria, habremos de revisar, honradamente, el acervo de nuestras convicciones, tirar por la borda lo que no nos sirva y emprender decididamente la ruta por la que nos salvemos y salvemos al mundo.

P. VILLALPANDO



DIVAGACIONES EN TORNO A LA AURIOLADA

Amable comunicante: LAYE procura recoger todo cuanto de interés se suscita en el noble campo de la cultura que trasciende a esta nuestra ciudad, de cuyas inquietudes queremos ser portavoz. No excluimos a priori venero alguno de donde extraer las cosas noticiables quizá porque la cosecha de ellas no es, por desgracia, muy abundante. Por otra parte, los hombres y los pueblos no suelen mantener una conducta tan rectilínea hacia el bien o hacia el mal que toda su acción se canalice en uno u otro sentido; son como los seres de Dostoiewski, buenos y malos, a veces exageradamente justos — si la ligazón de estas palabras puede admitirse — y otras cerrilmente incomprensivos para captar la verdad, aunque — para mayor baldon de su injusticia — se trate de la verdad histórica, es decir, inexorablemente sucedida.

España siente su plenitud existencial en tal forma que en ningún momento de su historia ha actuado movida por estímulos de angustia ante un remoto daño previsto intelectualmente en un esquema de silogismos, dentro del cual el miedo fuese el principal factor; por el contrario, en ocasiones hemos adoptado los españoles actitudes perfectamente suicidas con la alegre temeridad con que obran aquellos que reiteradamente han buscado el peligro y “nunca les ha pasado nada”.

Esta total ausencia de complejos de inferioridad en nuestro quehacer colectivo matiza, por ejemplo, el radical antiracismo de los españoles que recientemente nos recordaba el embajador de Inglaterra, refiriéndose concretamente a su exteriorización en la imperial encrucijada de Toledo. No nos ha importado nunca mezclarnos con otros pueblos porque sabemos que no desaparecemos en ellos, sino que ellos quedan absorbidos por nosotros. El primitivo y montaraz celtibero ha visto desfilar por la rugosa piel de toro una no pequeña colección de hombres de otras tierras de las que absorbió aquello que su invariable esencia admitía, en forma tal, que nunca la transfusión de sangre pudo alterar substancialmente su primigenio substratum. Griegos, romanos, godos, árabes, pasaron por aquí. Por aquí pasó todo el mundo, pero aquí no ha quedado nadie más que los españoles. Por

eso a nuestra nación no se la puede denominar con una asimilación a determinada y perfectamente definida raza o grupo de hombres; Inglaterra es el país de los anglosajones, Francia el de los francos, Italia el de los romanos pero, ¿quién podría definir la raza o el pueblo de los españoles?

El instinto defensivo derivado del complejo de inferioridad es el que hace a los pueblos protagonizar vergonzosas actitudes en las que se acude a la forma más sutil de la mentira; el ignorar la verdad el no reconocerla; como España carece de aquel instinto no le duelen prendas al reconocer cuantas conquistas para la humanidad hayan logrado las demás naciones. Europa ha escrito la historia del mundo y nosotros siempre nos hemos sentido solidarios de esta realidad europea, sintiendo como nuestro cualquier avance para sostener y difundir el acervo de valores que a la civilización occidental — europea, cristiana — son inherentes.

No falseamos la historia. En nuestros libros enaltecemos el valor humano individual o colectivo en cualquiera de los terrenos, sin disimular una especial predisposición hacia las demostraciones de valor absoluto, simple, ese valor para nosotros tan ontológico que nos hace denominarlo “hombria” y suponerlo a los reclutas. Lo reconocemos en cualquier lugar del mundo en que haya tenido expresión. Reconocemos la gloria ajena sencillamente, como normal reflejo de nuestra forma de ser, porque nos repele la mentira histórica porque no tenemos recelo de que al aceptar los valores extraños mengüen los nuestros.

Los libros de texto de las escuelas españolas están inspirados por estos principios y desde la infancia nos hacen sentir el martirio de Juana de Arco, simpatizar con la figura de Bayardo, el caballero “sin miedo y sin tacha”. Admirar el heroísmo de Ricardo “Corazón de León”, el ingenio de Shakespeare, la gesta napoleónica; en los últimos tiempos nos provocan análogos sentimientos el Alcázar de Toledo que la epopeya de Narvik, Montecassino y Guadalcanal que la defensa de Berlín, Londres bajo el bombardeo y la Legión en la brecha de Badajoz.

La táctica de ávestruz internacional no puede tener más que dos motivos, el miedo o la envidia; y en los días actuales este premeditado desconocimiento de la verdad llega a alcanzar sus más delirantes extremos; el ignorar incluso el asiento geográfico de los pueblos.

Bien está, en último término que se corra un piadoso velo sobre hechos históricos de triste recuerdo; pero resulta difícilmente explicable en honrada lógica el que se ocuelten o falseen los hechos que por su excepcional grandeza, por ser exponentes supremos de lo que valen los hombres, son patrimonio tanto de los pueblos protagonistas como de la humanidad entera. Quizá el más glorioso de estos hechos sea el descubrimiento de América, del que “tenemos la culpa” los españoles.

España descubrió América y España está bañada por el Océano Atlántico. Si estas dos cosas que las saben millones de niños las desconocen actualmente no ya algunos hombres, sino algunas naciones, no resulta nada favorable para éstas el balance de motivos que explica su imperdonable ignorancia.

La honestidad de las relaciones internacionales brilla por su ausencia en nuestros días. ¿Cómo explicaremos a las futuras generaciones que en el año 1951, tratando de defenderse del peligro comunista las naciones del Atlántico, al concertar un pacto con tal finalidad no se contaba con España,

la más anticomunista y la más fuerte de las naciones continentales? ¿Cómo explicar que el Jefe de un Estado vecino que tiene el libro de nuestra historia desplegado a lo largo de una frontera de centenares de kilómetros oculte, hablándoles a los americanos del descubrimiento de América la "intervención" de España en tal suceso?

De todas formas, no debemos escandalizarnos mucho de esto. ¡Cualquiera diría que es de ahora esta incompreensión! Felizmente desacreditada ya la leyenda negra quedará, no obstante, como vivo testimonio del recurso del pataleo de nuestros hermanos de Europa contra la innegable gloria del descubrimiento y la hispanización de América. Y en la difusión de esta leyenda no se quedan cortos, ni mucho menos, nuestros vecinos nortños. Resulta interesante recordar que en 1580 se publicaba en Francia la edición de más éxito de la "Brevisima" de las Casas, al mismo tiempo que uo "Brief discours et historie d'un voyage de quelques françois en la Floride; et du massacre autant injustement que barbarement executé sur eux par les Hespagnols l'an de 1565". Al parecer un Pedro Menéndez de Avilés había sido algo exagerado en aquella península.

Al fin y al cabo ninguna de estas actitudes puede ensombrecer siquiera el íntimo gozo que sentimos los españoles cuando pensamos en la magnífica realidad de las Españas de América. El hecho de que cualquier hombre de Tordesillas o Laredo, de Mataró o de Carmona pueda a muchos miles de kilómetros de su patria caminar docenas de miles de kilómetros sin sentirse extraño entre las gentes que encuentra, que le hablarán en su misma lengua, es suficiente para compensarnos de toda injusticia.

Si la sobria y terminante nota de nuestra Embajada en Wáshington no fuese suficiente, bastarian para responder a la descortesía — dejémoslo en eso — del señor Auriol, los considerandos de la resolución que la Academia Colombiana de Historia ha adoptado los mismos días de la estancia del presidente francés en Nueva York. Dicen así: "... que en el presente año el 22 de abril, se cumple el quinto centenario del natalicio de la reina doña Isabel la Católica, a quien como insigne y magnífica soberana de Castilla y León se debió el descubrimiento de América; que a la reina Isabel debe este Nuevo Mundo su evangelización y con ello el don de la fe, y, a la vez, la iniciativa de su cultura; Que esta soberana se constituyó en protectora de los naturales de este Continente y les otorgó desde los primeros años del descubrimiento, el título de vasallos libres de su corona; Que en el año próximo, el 10 de mayo, se cumple igual fecha centenaria del rey don Fernando el Católico, participante, como el rey de Aragón y consorte de Castilla, en la magna obra del descubrimiento de América, que él contribuyó a hacer posible con la política de engrandecimiento y de su posterior continuación."

Conforta pensar que en España siempre hemos tratado históricamente la historia de los demás pueblos. Y que esto no se achaque a ingenuidad ni candidez. Es el sentimiento de nuestra propia valía el que nos hace apreciar objetivamente lo de los demás.

Pidamos a Dios el poder reconocer siempre, limpia y desnuda, sin morbosas adulteraciones psicológicas, la realidad que nos circunda. ¡En bien de la verdad, síguenos librando, Señor, del miedo y de la envidia!

JUAN EUGENIO BLANCO



3.

UN MES DE BARCELONA

(Marzo de 1951)

MARZO, renovación. Son los de marzo los gallos madrugadores. El viento de marzo es el enérgico resoplido —¡uf!— con el que harto ya de fríos, el año aparta de sí tristes imágenes de muerte o de letargo.

De la renovación de un viejo tronco —primaveral conferencia— nos habló el joven maestro Tovar en el Ateneo (13 de marzo): de la renovación del humanismo. Treinta años más o menos redondos lleva el europeo exigiéndose un nuevo humanismo. Desde aquel exquisito Georgekreis —que convocó en torno del poeta Stephan George a los Jäger, Reinhardt y demás humanistas de “Die Antike”— hasta esta llamada del catedrático de Salamanca, pasando por el slogan de Sartre, el europeo murmura con enfado creciente: “¿Será posible que no consiga fabricarme mi imprescindible neohumanismo? ¡Yo, el fabricante nato, el ser compuesto de alma, cuerpo e instrumento!”

El término fué creado y difundido por los miembros del Georgekreis: “Neuhumanismus”. Confortante promesa, la de las terminaciones latinas pronunciadas con acento alemán.

Cada vez más asustado de la caducidad de su viejo humanismo y de la ineficacia espiritual de su especializada ciencia, de su estéril polymathia, el europeo se repite a diario: “Necesito un nuevo humanismo”. A diario... pero, desgraciadamente, sólo con la débil voz de su conciencia —la conciencia del europeo son sus filósofos y sus filó-

logos— y es conocida la lentitud con que se obedece a tan íntima llamada.

Algunos llegan al palenque con pocas ganas de trabajar y menos de arriesgarse: “El cristianismo no es un humanismo”, nos acaba de disparar Raimundo Paniker.

Será cuestión de tomar nota.

* * *

La conciencia del europeo son sus filósofos, sus filólogos y Juan Sebastián Bach. Juan Sebastián es el mítico recuerdo de un mundo contruidos en gradas firmes de escaso desnivel. En un mundo tal era posible vencer la gravedad —más grave aún en el alma que en los cuerpos, como enseña Simone Weil— y por eso, paso a pasito, Juan Sebastián pudo ser un buen burgués de su Burgo, un marido, un padre, un músico y un hombre de Dios. Hoy no hay modo de casar honradamente ni dos de esos cinco oficios. Por eso es un mito Juan Sebastián: el mito de la plenitud que hemos perdido.

La Capilla Clásica Polifónica volvió a ofrecer a los barceloneses la “Pasión según San Mateo” (10 de marzo). Poco importan las abundantes deficiencias de la versión; tan patética importancia tiene la repetida gesta de la C. C. P.

* * *

LOS ABOGADOS DE BARCELONA DESPERDICIAN UNA BONITA CAUSA.—Durante el mes de marzo, unos viejos groseros se dedicaron a irrumpir en los cuatro o cinco boudoirs de las hermanas Melpoméne y Talia Kallipolitai, insultándolas repetida y desafortunadamente. Ambas señoritas, sobre cuya belleza no pasan los siglos, se vieron desasistidas por las fuerzas vivas de la ciudad. ¿Existen fuerzas vivas en la ciudad?

Con esta breve y ecuaníme noticia, recorrió el cronista las redacciones de la prensa local, para enriquecer con ella la sección de “Sucesos”. No pudo lograr su deseo. Y eso que ni siquiera se había permitido la broma freudiana —tan oportuna aquí— de explicar las seniles vociferaciones por una reacción despechada.

Pero recorramos el sumario de esta nonnata causa por injurias o calumnias: Con motivo de la lectura en la Universidad de la última obra de Alejandro Casona “Los árboles mueren de pie”— se produce, primero, una reacción insultante contra este señor, autor

(a juzgar por el tenor de los ataques) de crímenes nefandos y sin cuento. En esto no entra el cronista. Sale.

Pero, de inmediato casi, la ofensiva se enriquece con hermosos epítetos aplicados ya, sin distinción alguna, a los llamados Teatros de Cámara. Las calificaciones oscilan entre "burros" y "asquerosos". Los términos intermedios no son muchos, pues nunca el malhablado es rico en léxico: "repugnantes", "sucios", "atontados", "sinvergüenzas" y tres o cuatro más. Los de PRAVDA, poco más o menos, y aplicados a la misma cuestión: a veces, creía el cronista leer una consciente crítica pravdiana de la música de Strawinsky.

El barcelonés ingenuo quedó aterrorizado. "¿Qué clase de monstruos serán estos hombres de los teatros de cámara?" Y el Barcelonés Ingenuo pensó que no tenía más remedio que cerciorarse por sí mismo de aquellas aberraciones, para que, conociendo el mal, pudiera preservarse de la tentación.

Y empezó por el principio: Vamos a ver, se dijo, las herejías nefandas que contiene la asquerosa podredumbre putrefacta en tres actos "Los árboles mueren de pie", del conocido salteador de caminos Alejandro Casona. Leyó la obra. Y anotó en un cuadernito que se compró exclusivamente para el asunto: "Los árboles mueren de pie": obra en la que se sostiene la tesis de que nadie en la vida puede eludir el trago de esas tristezas que desuellan la garganta. Es muestra de buen corazón engañar a alguien piadosamente, ocultándole su desgracia. Pero ese engaño no llega nunca a surtir efecto y los hombres, como los árboles, tienen que morir de pie, cara a cara con la inestabilidad del bien en la vida.—La obra es teatralmente muy buena y muy fina literariamente."

Luego, el Barcelonés Ingenuo se procuró la lista de todos los bouvoirs de Talia y Melpoméne en Barcelona. Se dispuso a visitarlos.

Uno de ellos le ahorró el trabajo. Juan Germán Schröder, tal vez el más constante albergador de las Hermanas entre nosotros, plantó en la puerta de Pravda Mayor el cartel de sus obras: ni una sola admitía las calificaciones emanadas del juvenil y dinámico periódico.

Siguió el Barcelonés Ingenuo: el teatro "THULE" tenía su historial completamente limpio en la censura.

El Teatro Español Universitario había llevado a cabo, durante varios años, un plan de representaciones concebido históricamente: siglo de oro, neoclasicismo, romanticismo, teatro de hoy. La cosa, a primera vista, no parece demasiado pornográfica. Aunque, ciertamente, mentalidades como las que hace dos o tres años no pudieron

refrenar sus deseos de purificar el Quijote, deben estar lejos de aprobar más de una galanura lopesca.

El Teatro YORICK ha cobijado bajo su shakespeariana advocación a un novel barcelonés y a Saroyan: tanto el uno como el otro puros y sentimentales, enamorados del bien y de los desgraciados. Los hombres del YORICK hicieron en cada una de sus representaciones un acto evangélico si los hay: sin una perra en el bolsillo, no preocuparse por el día de mañana, el cual su afán traerá. El Barcelonés Ingenuo se quitó el sombrero ante estos teatrales lirios evangélicos, que pusieron en escena lo que ningún Epulón se atreve nunca a montar, seguros de ir vestidos sin hilar ni tejer, ni sembrar, ni tener graneros.

El llamado con antonomásico orgullo "TEATRO DE CAMARA" es el campeón de recibir insultos. El Barcelonés Ingenuo se procuró una lista de las sesiones dadas por esta agrupación: demuestran una absoluta y ecuaníme amplitud en la elección. Junto a la violencia de Tennessee Williams —que, aparte de todo, es una figura que hay que conocer del teatro más importante de nuestros días, el americano— la exaltación religiosa de Montherlant y la flexible ortodoxia de Mauriac. En medio, toda una rica variación, con noveles y premios Pulitzer. Todas las obras, además, dadas con conocimiento de la censura.

Una obra fué prohibida al Teatro de Camara: "Ardèle", de Anouilh. "Ardèle", suspendida aquí después de concedido el permiso, el mismo día del ensayo general y cuando los gastos estaban hechos, fué dada por el Teatro de Cámara de Madrid, que depende del Español y está, por consiguiente, subvencionado por el Estado.

Entonces el Barcelonés Ingenuo se dijo: "Mi cabeza no da para tanto". Cogió su cuaderno de notas, lo rompió y tiró los trocitos al río.

(Lo cual le costó trabajo porque el río está lejos. Es una lástima: en todas las buenas ciudades hay un río decente por en medio, para tirar las cosas que hartan y para tirarse uno cuando ya todas las cosas hartan. Esta deficiencia debe ser causa de la superpoblación de Barcelona y Madrid.)

Quedaba el benjamín de los teatros de cámara, benjamín robusto y bien nacido: el TEATRO CLUB. Como el Barcelonés Ingenuo se había cansado ya de buscar la mendacidad y la podrida putrefacción de los asquerosos teatros de cámara, fuí yo personalmente a auscultar a este último presunto monstruo.

El *TEATRO CLUB* ha dado una obra rosa y otra blanca, usando, para abreviar, esa curiosa terminología que consiste en substituir una escala de valores artísticos para los que se es ciego por una escala cromática que, desgraciadamente, no es la del espectro solar, creada por Dios. Ya sé que al lector le interesaría saber si esas dos obras eran buenas o malas. Pero no hace al caso; eran como he dicho, blanca la una y rosa la otra.

Querido Barcelonés Ingenuo: Usted no lo entiende, ¿verdad? Usted no entiende que se insulte a unos hombres, por hacernos ver maravillas como "La piel de nuestros dientes" (Teatro de Cámara), piezas tan exquisitas como "Mi corazón está en las montañas" (Teatro Yorick), tan fundamentales para nosotros como "La dama boba" (T.E.U.), tan sabia y finamente teatrales como "El fuego mal avivado" (Teatro Club). No entiende que se odie —no se puede insultar tan acremente sin odiar, porque Cristo ha supuesto que el que llama raza a su prójimo le odia— a quienes nos muestran lo que el teatro de verdad es hoy por el mundo, mientras cualquier revista en que lo inmoral se suma a lo antiestético y a lo oligofrénico permanece en cartel sin que nadie se meta con ella, realizando concienzudamente su doble trabajo de demolición del sentido estético y del sentido moral. Usted no entiende que se prohíba la representación de la "Ardèle" de Anouilh y que se permita a los efebos de los cabarets engañar a los extranjeros sobre lo que es el espíritu del pueblo español. ¿Verdad que no lo entiende usted?

Pues yo tampoco, querido.

Aunque, ahora que pienso... ¿Ha oído usted hablar de los fariseos?

M. S. L.

P. S. — Sería, sin duda, deber del cronista satisfacer a quienes, demostrando así su interés por nuestra publicación, han dilapidado algunas valiosas monedas del tesoro de su tiempo haciéndole interesantes observaciones acerca de los hechos recogidos en la crónica y del modo de hacerlo. Les agradezco su cuidado. Pero la espontánea y amable comunicación de Juan Eugenio Blanco, que encontrarán ustedes en otro lugar de este número me exime del cumplimiento de aquella obligación, por más que las explicaciones de J. E. Blanco no sean precisamente las que yo suministraría.

EL SR. YANGUAS MESSIA EN EL AULA MAGNA

Hemos escuchado, en el Aula Magna (13 abril), la conferencia que sobre la "Unidad Europea" desarrolló el ilustre ex embajador y ex ministro de Estado.

El señor Yanguas consideró el proceso de la unidad europea como el escalonamiento sucesivo de tres fases primordiales: unidad en lo económico (Plan Marshall), unidad en lo militar (Pacto del Atlántico) y unidad política (Consejo de Europa). Dichos momentos presentan los factores reales de una integración suprema, destinada primordialmente a la defensa en común contra los peligros, también comunes, que existen o pueden existir para los pueblos de Occidente. Sin embargo, dijo el señor Yanguas, actúan tres motivos principales que dificultan e invalidan esta posible unidad, hasta ahora lograda únicamente en lo militar y en lo económico: La exclusión de ciertos países; la dificultad de que se logre el entendimiento entre grandes y pequeños, buscado a través de un armónico coexistir bajo principios conmutativos y distributivos, y la carencia, finalmente, de un móvil objetivo, supremo, que se alce sobre los intereses particulares de cada nación... Para el ilustre conferenciante, la unidad europea, todavía lejana, dependía de que pudieran ser superadas estas tres dificultades.

Estudiémoslas nosotros someramente.

Dejemos a un lado la exclusión de Alemania (Occidental), ya que, por obedecer a motivos demasiado particulares, aunque sí lo suficientemente fuertes para impedir una unidad actuante y duradera, no hace falta que llamemos poderosamente la atención sobre ella. Digamos, por el contrario, algo sobre el caso de España, para nosotros de mayor actualidad, aunque no de tanta importancia para el pro-

blema de Europa... La exclusión obedece, como dijo el señor Yanguas "a una situación política transitoria" que obliga a los demás países a prescindir de nuestra Patria, aun resintiéndose la solución del problema general.

Lo más grave, continuamos, es que tal situación no sólo es transitoria, sin base, sino que también es productora de un alejamiento de las corrientes generales europeas, lo cual, en estos momentos, constituye un grave peligro político a la par que histórico.

Por lo que respecta al segundo problema, la conclusión es más sencilla, puesto que en realidad corresponde a un modo de ser de la raza humana; sin embargo, bien puede confiarse que, en un momento determinado, los grandes países armonicen sus intereses con las necesidades de los pequeños, ligados todos a una idea suprema y despersonalizada. Depende, en último caso, de la existencia viva de este motivo superior.

Donde verdaderamente tocamos la llaga del problema, es al estudiar la tercera dificultad aducida por el conferenciante. Esta ausencia de lo objetivo (ausencia que llevó al señor Yanguas a la añoranza de la Edad Media) es lo que nos hace ser pesimistas con respecto al logro de la necesitada unidad de Europa. Y no porque los hombres seamos incapaces de supeditarnos a lo que trasciende de lo subjetivo sino porque esta idea suprema no existe hoy día, y porque el peso de la tradición nos impide buscarla por nuevos cauces...

Al mismo tiempo, nosotros vemos otras dos causas que la dificultan: primero, que la tendencia a la unidad es tan sólo el resultado de un pánico colectivo ante el peligro ruso, y no la consecuencia de un pensar común, con conciencia de los fundamentales motivos que exigen esta unidad. Y se-

gundo, que es América, no Europa, quien busca esta integración y quien la endereza con motivos materiales sin porvenir.

Por todo esto, y tras escuchar las

palabras del ilustre conferenciante, nosotros opinamos que la unidad de Europa es necesario sentirla y pensarla, antes de intentar su realización.

J. S. M.

SUNYER RODEADO DE SILENCIO. — ¿VUELTA A TAINE?

Pintar en Barcelona es llorar. He aquí que Joaquín Sunyer, el más alto pintor que ha tenido Cataluña desde el siglo XIII, ha expuesto, pocas semanas atrás, algunas de las obras de su segura madurez de artista. Pues bien, nadie se ha conmovido. Han sido abiertas las compuertas del silencio, y la exposición Sunyer se ha ido alejando de nosotros mientras las fuerzas vivas de la localidad, que tan difícil se hace distinguir de las muertas, se divertían jugando a tranvías.

¿Y por mi parte, "me miserum", qué sé decir? A punto de iniciar esta serie de crónicas sobre el arte que se hace y se deshace en torno a nosotros, materia vacilante y poco presta a seguridades, y necesitando, por lo menos para este primer artículo, alguna certidumbre que conforte el inevitable vagabundeo de los siguientes, he aquí que los dioses me hacen el incalculable regalo de una exposición de Sunyer. La pintura de Sunyer, por el simple hecho de su perfección, es ya una norma, y puede abastecer de principios al más desgarrado pauperismo crítico. Pero, ausente de Barcelona, yo no vi aquella exposición, y me encuentro, ya desde el comienzo, recha-

zado a mis despobladas soledades. He querido, al menos, que estas crónicas iniciaran su andadura saludando ante el Pintor, y espero que este gesto les conferirá algo de buen aire y dignidad.

Pero es el caso que las palabras de Larra, que he parafraseado al principio, me inquietan un poco. Si aceptamos la interpretación usual, que ve en ellas una queja por la insolidaridad y la falta de aprecio que opone nuestra sociedad al creador de cultura, y perseguimos sus consecuencias, pueden ser cebo de decepción. Es cierto que el ánimo se sobrecoge al pronto ante esta inmensa oquedad de la vida intelectual española, este sideral vacío por el que vemos cruzar a las obras que nos parecen dignas de estima y comentario, y que sólo alcanzan a provocar, a lo sumo, un pequeño remolino de chascarrillos. Chascarrillo es, en efecto, que nuestros críticos puedan creerse autorizados a alternar, sin mayor cautela, el comentario de una exposición de Sunyer con el de una del señor Durancamps, y a reunirlos, si a mano viene, en un mismo artículo. Quizá debamos apreciar como una imprevista manifestación del "integralismo" hispánico, que nos descubre Américo Castro, esta

amplitud en la concepción de su oficio, que permite a los críticos locales practicar juntas actividades que tan poco tienen en común; con un envidiable estilo donjuanesco, pasan ellos de palacios a cabañas; bien es verdad que en ninguna parte dejan memoria de sí. Pero quizá esto tenga sus ventajas. Esta hojarasca tan muerta que se barre a sí misma, esta falta de continuidad en la atención y de vivacidad en la réplica, dejan, al fin y al cabo, las obras intactas, siempre desveladas frente a nuestra contemplación. Medios culturales más solidarios y receptivos, en cambio, cristalizan rápidamente sobre la obra que en ellos penetra, y la cubren de una extraña florecencia de tópicos y de convenciones, sin duda seductores y en sí valiosos, pero que constriñen con su rigidez mineral, y fuerzan por ahogar la vida flexible de la creación personal. La verdadera comprensión de una obra sólo se puede obtener, por modo paradójico, partiendo de su *ausencia*, y rehaciendo uno a uno los gestos de su creación, imitándolos con el más abnegado mimetismo; es lógico que, al contrario, en una sociedad cultural constituída, una obra haya de imponerse por su *presencia*, por su más dura objetividad, y que el comentario se oriente a constatar dicha objetividad y a enlazarla con las objetividades ya reconocidas, en una macabra ringleira de cabezas cortadas, literalmente, de "chefs d'oeuvre".

Motiva más directamente tales reflexiones este libro admirable, que tiene la pintura por objeto: los "Papeles sobre Velázquez y Goya", de José Ortega y Gasset.

Hace ya varios meses que apareció, y, desde luego, no ha suscitado más que la consabida nube de articulitos, debidos a los consabidos jornaleros. Me temo que más valga así. Uno de dichos jornaleros, en efecto, se salió un poco de su inoperancia, y fué para apuntar uno de los tópicos que, si escribir en Madrid no fuera llorar, veríamos certerse sobre el libro de Ortega: escribió el nombre de Taine. Es sabido que la obra del filósofo se hace tema y tesis de uno de los caracteres de nuestro "Zeitgeist", este espíritu que el propio Ortega ha contribuido tan eminentemente a formar. Me refiero al llamado historicismo. Y como el libro en cuestión trata de arte, y Taine (¿quién lo duda?) es el patrón de la consideración historicista del arte, pues ya tenemos a Taine instalado entre nosotros, pétreo convidado. Observamos aquí claramente el mecanismo de la cristalización tópica, que en el presente caso cabe referir a Francia, una Francia provincianamente asimilada por nuestro pequeño gacetillero. Hace tiempo que por las revistas francesas, y a propósito de otras manifestaciones del actual espíritu historicista, se arrastra el lema del "retour à Taine". El francés, ya se sabe, es ahorrativo más que conservador, y no admite el desgaste de los "bienes culturales" de su nación. Tan indudable virtud le lleva con demasiada frecuencia a seguir nutriéndose con mercancías averiadas. Opino que éste es el caso, por lo que hace a Taine.

G. F.

LAS PELÍCULAS DEL MES

Los imponderables, esos imponderables que velan públicamente una larga letanía de palabras ásperas, tales como "industria", "distribución", "comercialidad", etc., han obligado al cine a una profunda contradicción. Con aspiraciones de arte, pero reducido a la categoría de espectáculo, la cinematografía necesita sostenerse en un constante desplazamiento, que va desde la obra pura—rarísima a estas alturas— a la de más grotesca espectacularidad.

Resulta lamentable esta íntima pugna del cine, que sólo logra autenticidad en la síntesis armónica de ambas tendencias. Tan lejos está del cine, tal como debe entenderse, la cinta aferrada violentamente a cualquier "ismo"—aunque éstos contengan, eso sí, valiosas aportaciones aprovechables— que la nimia estupidez coreográfica o folletinesca editada en serie por Hollywood.

Por tal causa, resulta arriesgado y audaz hablar de escuelas y estilos en cinematografía. Desde Méliès a Rossellini, es decir, de 1896 a 1950, el cine ha conocido muchas aportaciones personales, ciertamente, pero asimismo ha tenido que adaptarse a muchas innovaciones técnicas, que, a su vez, han terminado por crear—particularidades de la función y el órgano—su propia escuela. Caso último y convincente: el nacimiento del "neorrealismo", surgiendo en su iniciación de la falta de estudios con que se encontraron los directores italianos en 1944 y 1945.

Entre los estrenos que en el curso de estos treinta días se han asomado a las pantallas, cabe coniar con ejemplos vivísimos de lo expuesto. En primer lugar, hay que mencionar un film italiano (1) que consigue felizmente la síntesis espectáculo-arte. De una ma-

nera maestra—y definitiva—nos presenta un ejemplar humano, generalizado en esta postguerra: el comerciante enriquecido, el hombre salido de la nada, que se obstina en supervalorarse a sí mismo, el pastelero (en la cinta es pastelero, pero podría ser también carnicero, tendero, comerciante de tejidos...) egoísta, huido de toda espiritualidad y atento sólo a todos los materialismos. Sacado del romano anónimo por Cesare Zavattini—que extrajo asimismo de la humanidad italiana el obrero parado hundido y fatalista, de "Ladrón de bicicletas"—, el guionista ha acertado a envolverlo en un ambiente idóneo. Carlo Carloni, que tal es el nombre del inolvidable personaje que ha pasado ya a la antología del cine, no vive un clima trágico como el desgraciado sin trabajo al que roban la bicicleta, que es su único sustento, no se enfrenta con la fatalidad del destino sino todo lo contrario; de un suceso insignificante—la tardanza de la modista en terminar el vestido de primera comunión para su hija—hace por sí mismo, sin que intervenga para nada lo fatal sino sólo su soberbia, su orgullo, su avaricia y su egoísmo, una tragedia doméstica casi irreparable. Claro que Zavattini se ha sentido esta vez misericordioso, y en vez de abandonar al signor Carlo Carloni hundido en el cenagal de sus propios defectos—como desamparó al angustioso hambriento de "Ladrón de bicicletas"—, lo recoge amorosamente después de darle una buena lección, y entre un jubiloso dol-lar de campanas pascuales, le obliga a proclamar su arrepentimiento. "¡Soy un puerco!" Con estas gráficas palabras, Carlo Carloni, el pastelero enriquecido, da principio a su acto de contrición.

(1) "Prima Comunione", de Alessandro Blasetti, guión de Cesare Zava-

lini, proyectada con el título de "Una hora de su vida".

Si Zavattini ha creado un tipo antológico, Blasetti ha sabido realizar un film singular, extraordinario, donde logra la ansiada síntesis arte-espectáculo antes mencionada y lo hace por medios, sino idénticos, sí renovados. Recoge del realismo dominante en el panorama cinematográfico italiano su espontaneidad y su valoración de lo cotidiano, de los antiguos elementos del cine, el "explicador" —convertido ahora en voz en "off"— y la expresiva mudez y, finalmente, de René Clair, el ambiente y la ironía de la cámara.

Contrastando con esta acertada realización fílmica, donde como ya ha quedado dicho, el arte y el espectáculo se alían perfectamente, ha visto también las primicias de nuestra ciudad otra cinta, interesante asimismo, aunque nos llegue con trece años de retraso (2).

Se trata de una muestra —buena muestra— del cine vigente en Norteamérica en los postreros años 30, que culminaría precisamente en "Lo que el viento se llevó" Como esta, la cinta que nos ocupa— anterior a ella, pues fué rodada en el año 38— incide en el tema, tan grato a los americanos, de la vieja pugna entre el Norte y el Sur. Owen Davis, el argumentista, no nos muestra, empero la guerra civil propiamente dicha, sino los estados de ánimo que precedieron a la pugna. Por un lado, el Sur agrícola y hondamente burgués, aunque con profundas raíces —más bien memoranzas— aristocráticas. Por el otro, el Norte industrial, minero y maquinista, pequeño burgués y especulador. En "Jezebel" este Norte está encarnado por Dillard, mientras que Julie y Centrell representan —cada uno a su manera— el Sur. La pugna, esa pugna íntima que

(2) "Jezebel", de William Wyler, guión de Clement Ripley, Abem Finkel y John Huston sobre argumento de Owen Davis, proyectada con el título de "Jezebel".

Wyler ha sabido narrar con meticulosidad, llena por tanto toda la cinta.

Es este un cine ya superado: artificioso, espectacular y a la vez íntimo —contradicción aparente que se refleja con claridad en dos secuencias: la del baile, cuando el vestido rojo de Julie provoca la retirada de las púdicas y albas hijas de Nueva Orleans y la de las flores, cuando la colaboración de un ramo en un jarrón sirve para manifestar todo un estado de ánimo— moroso y detallista, a la vez que dado a un enfático tono discursivo.

Cine, en fin, que contrasta vivamente con la sencillez expositiva de las actuales tendencias, influenciadas —quieras o no— por el realismo italiano. La escuela verista americana —por una vez utilizaremos el término "escuela" que tan poco conviene al cine— ha amalgamado las aportaciones del realismo y las ya viejas conquistas del documental, consiguiendo así un género que podría denominarse de "reportaje cinematográfico", del que han sido buena muestra "La calle sin nombre", "El Justiciero", "Telón de acero", "13 rue Madeleine", "La ciudad desnuda" y algunas otras.

Como en aquéllas, la que actualmente hemos tenido ocasión de ver (3) es la simple exposición de un caso —uno entre un millón— de falsificadores de billetes descubierto por los agentes del Departamento estadounidense del Tesoro. La cámara no es aquí un sencillo vehículo narrativo, sino que se convierte en factor primordial: sus idas y venidas, su dinamismo y su multiplicidad de encuadres prestan precisamente a la cinta la agilidad que le es característica. Es decir, utiliza la técnica del documental, que no es la primera vez que sirve a las mil maravillas los propósitos de Anthony Mann, realizador asimismo de

(3) "T-Men", de Anthony Mann, sobre guión de Alan Morris, proyectada con el título de "Brigada Suicida".

"Winchesters 73", un "westerns" que aliaba por vez primera el relato reporteril con las características peculiares del género.

Y con esto queda cerrada la mención de las cintas más destacadas de los pasados treinta días. De ellas, sólo una aporta al cine algo que siendo viejo en sus elementos, como ha quedado visto, produce la intensa sensa-

ción de nuevo. Cine sencillo y humano, sin alardes de fastuosidad y, sin embargo, con una depuradísima técnica. Cine, en fin, propio de "pequeños países", donde la cinematografía es más inspiración que industria, donde la inteligencia suple a los medios materiales. Italia ha hallado su camino. ¿Y España? Pero ya hablaremos de ello otro día...

BIBLIOGRAFIA

EL PROBLEMA POLITICO DE NUESTRO TIEMPO, por Torcuato Fernández-Miranda. — Colección "Alférez" Madrid, 1950.

Uno de los hechos más importantes de nuestra postguerra quizá sea la ofensiva emprendida contra la llamada democracia cristiana, coincidiendo con las primeras manifestaciones que señalan la aparición de esta nueva fuerza en el primer plano de la vida nacional, a medida que van deslindándose los campos políticos. Y es digno de tenerse en cuenta que los ataques no parten de aquellos sectores fácilmente etiquetables como "laicos" o "izquierdistas", sino precisamente de grupos jóvenes que sirven y practican un catolicismo limpio y sin concesiones, y entre los cuales figuran Rodrigo Fernández-Carvajal, director de la revista universitaria "Alférez" y de la Colección que con el mismo nombre pretende continuar la línea espiritual y política trazada y defendida desde las páginas de aquella publicación, y el propio Torcuato Fernández-Miranda, autor del libro que comentamos y con el cual se inicia la nueva Colección.

Hace unos años, pronunció Fernández-Miranda unas conferencias en la Universidad Internacional "Menéndez y Pelayo", bajo el enunciado general "La democracia cristiana, fórmula in-

auténtica", cuyo interés y éxito obligaron a ampliarlas en forma de cursillo, recogido ahora en el ensayo que lleva por título "El problema político de nuestro tiempo". Tras estudiar certeramente la esencia de la forma política liberal democrática, en la que se condensa el esfuerzo genial y espléndido del hombre en los últimos doscientos años y considerando hoy caducada su vigencia social, pasa a tratar del marxismo y la democracia cristiana como procesos disolventes de aquella vigencia del estado liberal democrático. La actitud del comunismo frente al concepto liberal-burgués —aun en las manifestaciones de la extrema izquierda democrática— es tan evidente, que no nos parezca preciso insistir sobre ello. Pasamos por alto el interesante capítulo bien construido y muy documentado que a ello dedica el catedrático de la Universidad de Oviedo, para detenernos en el segundo aspecto: el proceso disolvente de la democracia cristiana.

Para el hombre del siglo XIX, la concepción liberal democrática se hace creencia auténtica; su impulso y su fuerza son tan vigorosos que sus postulados llegan a ser históricamente la versión de la verdad. Ello coloca en una situación específica al hombre cristiano, cuya problemática puede formularse así: ¿Es posible ser hombre ac-

tual, moderno, sin dejar de ser cristiano? Caben tres actitudes: 1.ª En su versión originaria y pura, la concepción liberal democrática es incompatible con la concepción cristiana, según lo han manifestado reiteradamente los Romanos Pontífices en sus encíclicas; luego hay que renunciar a ser "moderno". Tal la actitud tradicionalista, la que se calificó de "retrógrada". 2.ª Si no se puede ser ambas cosas, el cristiano, al manifestarse contrario al progreso y a la verdad científica, se demuestra falso. Actitud de apostasía. Posiciones ambas insatisfactorias desde el punto de vista auténticamente cristiano: por esto hubo de surgir una tercera actitud conciliadora, que sostenía que en la concepción liberal democrática había mucho de derecho natural, y que había que tomarse la verdad donde ésta se encontrara. "Como última expresión de esta actitud, surgió la llamada democracia cristiana como movimiento político que pretendía, con genial y difícil equilibrio, pasar la cuerda floja que unía ambas concepciones. Pero en realidad, ese espléndido número de circo, lejos de lograr la labor constructiva que se impuso, fué sociológicamente un proceso social disolvente de las dos creencias que pretendía armonizar". Con ello realiza la democracia cristiana una colosal mixtificación, ya que, partiendo en principio de la doctrina pontificia, da, al menos en la práctica, su asentimiento al contenido histórico moderno de la democracia, con lo cual, más que una defensa de los principios cristianos, se hace de éstos un instrumento al servicio de las bases ideológicas de aquélla. "Es decir se comienza por aceptar los supuestos de la concepción vigente y se toman sus palabras clave: libertad y democracia. Luego, se les quiere dar un significado cristiano, pero como tales palabras tienen un contenido para el hombre moderno acorde con su significación sociológica, viene a subordinarse la

concepción cristiana a la liberal y no a la inversa, como se pretende". "Ese continuo estar a la defensiva del demócrata cristiano: libertad, sí, pero la verdadera libertad; democracia, sí, pero la verdadera democracia, expresa claramente este estar y no estar, esta difícil y trágica actitud de dislocamiento, que es la substancia de su posición y cuyas consecuencias sociales no pueden ser otras que las de un proceso de duda, es decir, de disolución".

Naturalmente que todo esto, expuesto apretadamente en tres páginas del libro, necesita ser probado, y a ello dedica Fernández-Miranda el resto del capítulo, cuya lectura recomendamos sinceramente a todo aquel que quiera librarse del confucionismo de las inauténticas ideologías defensoras del "mal menor".

La última parte del ensayo está dedicada al análisis del problema político de nuestro tiempo, que el autor cifra en la contradictoria coexistencia de los conceptos de "intimidad" y "socialización". "La socialización uniformiza la vida del hombre desconoce en él su peculiaridad, su intimidad, su personalidad. El socialismo destruye la intimidad. Pero, al mismo tiempo, es evidente que sólo logrando la liberación económica de todos los hombres es posible para todos la intimidad, y para esta liberación el socialismo es expediente obligado."

Y termina el libro con estas palabras, que reproducimos: "¿No expresará la contradicción de los términos socialismo e intimidad el contenido del problema político que los hombres de hoy hemos de resolver, si queremos advenir a una nueva fórmula política que siga siendo europea y cristiana? Nosotros así lo creemos."

F. DE T.

"ANTOLOGIA POETICA UNIVERSITARIA, 1950".

Una selección de poemas de autores casi todos todavía en la adolescencia,

cuya nota común es la circunstancia exterior a la poesía de proceder de universitarios, no puede ofrecer una discriminación clara de valores, y sería inútil exigirla. Como era de esperar, domina aquí el conceptismo vago, la sentimentalidad difusa y operando sobre el vacío y la ausencia de fuerza lírica; todos ellos, rasgos de adolescencia. No importa mucho, y el intento merece nuestra simpatía. Destaca entre todas la aportación de Albert Manent, poeta excelente. Jordi Cots, en su poema, nada nos dice que no podamos hallarlo en su libro (ya reseñado en esta revista). Han logrado expresarse claramente en bellos poemas Eulàlia Amorós Manuel Balasch, Maria Cinta Català, Jaume Ferran (el primer soneto), Joan Garrahou y Enric Gispert. En Francesc Faus se puede confiar. El resto es sólo mediano o francamente malo.

F.

"LA CIVILISATION ARABE EN ESPAGNE. VUE GENERALE", por E. LEVI-PROVENÇAL (París, 1948).

Libro claro, interesante, lleno de sabrosas noticias, interesante de leer. El profesor de la Sorbona es una autoridad en la materia. Hemos de suponer entonces que su obra está a la altura de la investigación, y es muy probable que sea la mejor sobre el tema. ¿Y por qué no la única? Nos desazona un poco la grotesca identificación de Claudio Sánchez Albornoz con cierto Alvaro de Albornoz. Y al acabar la lectura quedamos un poco vacilantes como si hubiéramos estado resbalando. Si el profesor de la Sorbona hubiera sabido acuñar algunos conceptos históricos...

EN TORNO AL "GLOSARI, 1906-1910" DE EUGENIO D'ORS.

Hay un tipo de énfasis lícito, el que acompaña al cumplimiento ordenado y minucioso de un rito, y otro repelente el énfasis del vanidoso.

Para la mayoría de los lectores españoles, una página de Eugenio d'Ors resulta ser un despliegue de solemne afectación, una vacua manifestación de egotismo. Uno ha pensado alguna vez en aquellos "Eugènes" de Cocteau, imponentes de petulancia sofística (sus dientes, su corpulencia tremenda) y en la trabajosa elaboración a que se entregan de "la chose", el fascinante misterio de la estupidez cósmica. También el actual Eugenio d'Ors tiene algo de carnavalesca carátula, y uno piensa que él lo sabe, y de ello se hace un "modo de ser" pesimista e irónico.

Un rito, empero, cumple Eugenio d'Ors en pacientes impulsiones cotidianas, y es el de revestir la propia personalidad. Esta es la obra de Ors. Si el énfasis es lo que primero se nos enfrenta, nuestro deber es entonces verlo en su justificación ritual y, sin más, acompañar al autor en lo más íntimo de su labor: el alumbramiento de un misterio. Nuestra mirada adiestrada habrá de percibir en cada uno de sus éc-stasis o salidas el reflejo de un infinito abismal, un oscuro macrocosmos en el microcosmos de la realidad estupefacta, y ver en ésta la conquista del mundo, es decir, de sí misma, que en arrojo y esfuerzo realiza la personalidad.

El rito de Eugenio d'Ors es su acción personal. Leyendo este primer tomo del Glosario se puede imaginar fácilmente cómo un hombre el Ors todo posibilidad y nada necesidad de la adolescencia, se ha asumido en exigencias necesarias. Un artista sin dotes creadoras en la lengua y una mente filosófica sin impulsión mitopoiética, éste es el Ors "primeval". De aquí deriva el arbitrarismo y el tejer sobre realidades concretas, que es la "inteligencia" orsiana. En todas las cosas, y no en las de la cultura más que en las de la vida, Eugenio d'Ors se ha reflejado, filosóficamente y artísticamente, siempre el mismo. El ha buscado paciente-mente en el mundo su análogo; es de-

cir, ha hecho del mundo una representación de sí mismo.

Quien esté advertido de las metafísicas profundidades en que arraiga el histrionismo del hombre, su arbitrio representarse personalmente a sí mismo, comprenderá el impulso ético que es el genio más auténtico de Eugenio d'Ors. Para que un hombre, cuya vida anterior no ha gozado nunca de lo que se llama "facilidad", consiguiera el impresionante dominio sobre sí mismo, que le ha hecho ser el que es, tenía que ser llevado por la más alta voluntad de perfección. "Amiel a Vic" es, en este sentido, una confesión íntima (pero lo es toda su obra).

Una glosa admirable de 1949 ilumina nuestras afirmaciones:

"LOS REPROBOS. Siempre han existido los cainitas, los vindicadores de Caín. Su delirio les hacía preguntarse: ¿Por qué los dones de Abel eran gratos al Señor y no los de su preterido hermano? ¿Por la cícatería de éste? No consta. Si tan avaro hubiese Caín sido, con no ofrecer dones... No, sino porque Abel caía en gracia. La gracia hija del favor inmotivado; la gracia, sobornadora de la equidad; la gracia enemiga de la justicia... Aquí, la cara del destino sonríe. Aquí, fulmina, cejijunta. Y ahora, le responde la bendición; ahora, la exasperación. La raza de Caín se revuelve exasperada por la adivinación, por la presunción de la injusticia... El poeta Baudelaire sobrevino un día a cantar a esta raza, a maldecir la raza de Abel.

Hubo Prometeo. Con dar a los hombres el fuego, les dió la industria, el trabajo, la guerra. Les dió el orgullo y el dolor que razona. Les dió el conjuro y el exorcismo. Por decreto de los celosos dioses, un buitre le devora continuamente las entrañas. El no se rinde, no se arrepiente, no perdona. La respuesta crepitante del trueno es menos dura que sus imprecaciones.

En las altas llanuras yermas de la Mesopotamia surgió un pueblo, el an-

tiguo pueblo persa, la gentes de Ormuz. Fueron los grandes objetivadores de la idea del Diablo. Fueron los grandes objetivadores de la idea del Derecho. Sirvieron milicianamente al Derecho, que era la justicia, contra el Diablo, que era la gracia. Al Ave, contra la Serpiente. Al mundo alado, contra el mundo reptante. A su raza pura, arios de Agnès, el fuego, contra la raza de Sem, el pueblo de la gracia, el pueblo de Abel y de Jacob. Sirvieron al mundo alado con la guerra, la avara agricultura, la sedienta forja, la fórmula, el rito, la magia, el pleito. Con la palabra alada y la puntual liturgia. Con la propiedad, el orden, la hidráulica, la astronomía, la hipocresía y la crueldad.

Ahora son los Etruscos, gentes de religión dualista igualmente y que creen en dos imperios, lúcidamente discernibles, el Bien y el Mal. En el dominio del mal está la muerte; tal vez la mujer, por lo menos la mujer en ciertos momentos, en que lleva en sí la aparición de la vida, cuya condición inexcusable es la muerte... El Etrusco pasa la existencia—y ya, para él, el solo hecho de la existencia es demoníaco—en un perpetuo exorcismo. Su genio está en la magia. Su repugnancia, como la del viejo persa, en la Bicha. Y, por extensión, en el Dragón, el mestizo equívoco, mezcla de Ave y de Serpiente. ¡Qué asco!... Antes, de este asco, de la intransigente vindicación por la justicia, había nacido, entre los romanos, el Derecho romano.

Roma, a cada cual lo suyo. La perfección, en la propiedad. Sus lindes, su mojones, su dibujo, de fronteras. ¿Que me miras o miras mis surcos, por encima de los fofos cañaverales? Servidumbre de vista. ¡Lástima que el olor que respiras y viene de mis rosales no pueda como servidumbre precisarse! Se paga tanto por una servidumbre. No se perdona el tanto nunca: irredimible, el censo. "Do ut des". Na-

da gratis. Y, al canto, el litigio, a vuelta misma de la duda. Cualquier lección grita venganza en lo eterno. La gracia, para los esclavos. Para todos, la justicia. Mejor dicho, la justicia para cada uno. "Se ha lesionado mi derecho". El Talió: se le disfrazo, por las estatales intervenciones: pero, siempre, es el Talió... Así son los romanos. También cátaros y albigenses son así. Y Savonarola. Y los puritanos y los jansenistas. La gracia: he aquí el enemigo. La comodidad, la simpatía, el dejar correr las cosas, el agua que no has de beber. Yo he de beber de todas las aguas. Si están envenenadas, morimos todos. Y, entonces sí, que a la obra del mal habría que considerarla triunfante, por el camino de lo gracioso. ¡Guerra a los simpáticos, guerra a los facilitones! Mejor el desafío que la limosna." (¿No alude aquí al terrible poema de Baudelaire "Assommons les pauvres!"? La tradición...)

Voluntad de perfección, pero sobre la tierra. Un gran valor de Ors es haberse propuesto, goethianamente, la acción constante sobre el mundo. El intervencionismo. Una de las glosas primeras, LA SET D'ACCIO, enlaza esta voluntad de acción con el dolor sobre la tierra, la imperfección sobre la tierra. El mal del mundo, en el mundo. En 1906 y en 1949, el mismo siempre.

El señor Triadú ha leído este libro y no le ha gustado. Piensa, allá él, que Eugenio d'Ors escribía mejor en catalán de lo que escribe en castellano. Le reprocha no haber sabido ser para el pueblo catalán, como dice lo fueron Guimerá, Torres y Bages y Prat de la Riba, un oráculo y un apóstol. Nosotros, en cambio, vivimos en la confianza de que a un Carner, un Espriu o un Riba, para citar sólo unos nombres, no se les ocurra serlo, ni aun more graeco. Dice que Ors le evoca una vieja dama criolla, lo que sólo demuestra que ni aun en el mal gusto sabe ser original. Es curioso ver cómo

se inclinan los sedicentes catalanistas a operar a su alrededor el vacío. En efecto, el mundo del señor Triadú se aproxima a un puro hueco. En cuanto a la cuestión de principio, si lo que nos interesa es la cultura catalana, las tardías metáforas hidráulicas de Eugenio d'Ors fueron por cierto muy poca cosa; y esto no está bien. Pero el señor Triadú, oscilando en su oquedad, se ha hecho suspender por dos veces "Ariel"; y esto está mucho peor.

J. F.

"DIE WENDEPUNKTE DES KRIEGES", por Herbert A. Quint.—Steingrüber-Verlag. Stuttgart.

Con original punto de vista, Herbert A. Quint analiza en este libro los "puntos cruciales" de la pasada guerra mundial, que cataloga de la siguiente manera: en primer lugar, el fracaso de la operación "Seelöwe" (Leon Marino), denominación cifra de la planeada invasión de Inglaterra; en segundo, la llamada "batalla de Moscú", en la que los alemanes llegaron hasta la máxima línea Tula-Jelez-Kalinin, teniendo que emprender luego la retirada, sin haber conseguido la entrada en la capital de Rusia; en tercer lugar, el parón de Rommel ante El Alamein; en cuarto, la sobrevaloración de las armas secretas V-1 y V-2, en detrimento de la construcción de potentes escuadras aéreas, de las estaban faltas las fuerzas alemanas; en quinto, la invasión aliada por el sur europeo, "punto crucial" desfavorable a los aliados, que estuvieron a punto de perder la ventaja que el éxito africano les había deparado, y en sexto, la invasión del continente mediante el ataque frontal —que los alemanes no esperaban— a la costa normanda.

En cinco años de guerra se dieron, por tanto, seis "puntos cruciales", donde las armas y medios de los contendientes estuvieron igualados y sólo

la decisión de unos o el error de otros pudo inclinar finalmente la balanza.

A tal respecto, es curioso el testimonio del autor, que en el capítulo segundo, correspondiente a la batalla de Moscú, no vacila en declarar que "el error que evitó la caída de la capital rusa en manos alemanas no fué táctico ni estratégico, no se debió tampoco al desprecio a la logística, que, según sus adversarios, sintió siempre el Alto Estado Mayor germano; el error hay que atribuirlo simplemente a la intendencia militar, que no había previsto la aparición del estepario frío ruso. Y no es que las unidades que combatían en el frente se hallaran desprovistas de ropas de abrigo, nada de eso. La línea de Moscú conocía los rigores invernales, pero asimismo las ciudades que habían quedado a retaguardia, donde aguardaban las unidades de refresco. Estas eran las que no poseían suficiente abrigo, y así, se daba el caso de que al ser trasladadas a primera línea, tenían que ir recogiendo las ropas de los combatientes—Propios o enemigos—que habían caído ya.

Otro tanto ocurrió con las locomotoras. No existían locomotoras capaces de reemplazar a las escasísimas rusas que había sido dado apresar. Las alemanas no se adaptaban a las condiciones climatológicas, y así es que las averías eran frecuentísimas, deteniendo en las vías un convoy tras otro de abastecimientos primordiales para el frente.

Si estos errores de calibre menor, aunque de gran trascendencia, fueron capaces de desviar el curso de la guerra (tampoco ve claro el autor lo que la caída de Moscú, de ocurrir, hubiera representado, algo fuera de un gran triunfo psicológico), calcúlese los efectos de las grandes equivocaciones germanas, la mayor de las cuales fué construir las V-1 y V-2, descuidando la formación, preconizada por Goering, de poderosos enjambres de aviones de caza, capaces de oponerse a los cons-

tantes bombardeos de las ciudades alemanas.

"Es un error admitir—dice Herbert A. Quint en el capítulo IV de la obra—que la técnica ha adquirido en los tiempos modernos una influencia capital sobre el curso de las campañas sobre todo en detrimento de la estrategia. Los carros de hoces de los persas fueron un idéntico ensayo de arma decisiva, creada por medio de la técnica que las V-1 y V-2 de la última guerra mundial. Hay que hacer una distinción empero, entre las armas que podríamos denominar tecno manuales y las que calificaríamos de tecno científicas. Entre las primeras deben englobarse todas las actuales, incluido el avión y sus bombas; entre las segundas, a las armas V, a los gases y a la bomba atómica. Y éstas no resolverán nunca por sí solas, una campaña.

En los dos capítulos restantes, Herbert A. Quint examina con minuciosidad de experto las características del ataque a Italia, que, según él, fué tan sólo una desviación del preconizado por Churchill para hacerse con los Balcanes y remontar la cuenca del Danubio. "El parón de los aliados en la línea de Cassino y su retención en la cabeza de puente de Anzio, reducida a una ridícula porción de terreno, que casi recordaba el desastroso episodio de los Dardanelos de la guerra anterior, no fué, en último término, más que una consecuencia del poco estudio con que se había llevado la campaña italiana. Ingleses y americanos confiaron demasiado en un rápido final de la guerra en la península, sugestionados sobre todo por lo ocurrido en Sicilia donde los italianos habían hecho causa común con ellos. Pero la rendición de Italia no solucionó nada. Antes bien, empeoró las cosas al hacer que recayeran sobre unidades alemanas, experimentadas y decididas a luchar, el peso de la campaña."

Palabras significativas en boca de un alemán como Herbert A. Quint,

quien no recata a lo largo de la obra sus abiertas críticas a los que hicieron posible que los "puntos cruciales" resultaran, a la postre, favorables a los enemigos del Reich.

"Hasta ahora, en las discusiones sobre la guerra, se ha olvidado casi siempre una sentencia ya enunciada por Clausewitz, al decir que una guerra era la continuación de una política con otros medios. Ninguna guerra lo ha demostrado con tanta claridad como ésta. Las decisiones políticas estuvieron siempre en primer lugar. En ambos campos, la estrategia obró como un medio para obtener decisiones políticas. Investigar las cualidades de Hitler como general puede ser interesante, pero con ello no se esclarecerán jamás los puntos oscuros de la guerra. En las horas decisivas apuntó siempre una decisión política y a ella estuvo siempre supeditado el curso de los acontecimientos."

J. R.

UNA CRONICA ANONIMA ABD AL RAHMAN III AL NASIR. — Editada por primera vez y traducida, con introducción, notas e índices por E. Levi-Povençal y Emilio García Gómez. — C. S. I., 1950 (176 pp.).

La crónica que nos ocupa la contiene un manuscrito propiedad del señor Lévi-Provençal y abarca los 18 primeros años del reinado de 'Abd al-Rahmán III (912-929), que corresponden al período de su Emirato, porque precisamente acaba poco después de tomar 'Abd al-Rahmán el título de Califa.

Este período del reinado de 'Abd al-Rahmán nos era conocido por la crónica de Ibn Idari al-Marrakusí y esta nueva crónica sólo añade alguna noticia de la época, no citada por Ibn Idari. Si a esto añadimos que la crónica fué utilizada en 1944 por su propietario para su "Histoire de l'Espagne Musulmane", vol. I (traducción española en el volumen IV de la Historia de España, dirigida por Menéndez Pidal),

podemos concluir que la crónica no tiene interés sino para quienes quieran estudiar con gran detalle la historia de este período.

¡Ah! Y la crónica ha tardado en editarse por lo menos diez años desde su hallazgo; y no se crea que ofrece dificultad intrínseca alguna, no. Solamente la dificultad de acceso que presenta cualquier obra conservada en una biblioteca particular.

ISLAMOLOGIA, de F. M. Pareja.—Orbis Catholicus. Roma, 1951 (842 pp.)

La islamología, según el autor, tiene como objeto formal el estudio de la religión islámica, y ésta es la parte del libro que tiene verdadero interés. En ella se muestra el autor como un perfecto conocedor de la materia. No hay en esta parte olvido ni omisión de importancia; no en balde es el autor catedrático de Islamología en la Universidad Gregoriana de Roma. Esto da al libro un cierto carácter particular, pues, aunque evidentemente tiene interés general, está especialmente dirigido a los religiosos que han de entrar en contacto con musulmanes.

Hay, además, una larga introducción histórica (precedida de un capítulo dedicado a geografía del Islam, del que es autor L. Hertling), que, a pesar de su carácter general, es muy completa.

Termina el libro con un capítulo dedicado a literatura y otro a arte, que son deficientísimos y que quedan atrasados de información en unos 25 años. Tanto en estos capítulos como en la parte histórica, está mucho mejor informado el autor de lo correspondiente a la India, sin duda por haber sido profesor de árabe en el Xavier's Coll. de Bombay.

Según nuestras noticias, dispondremos pronto de una edición española, lo cual será un alivio, porque el precio del libro, como el de todos los italianos, entra dentro de las cantidades astronómicas.

CARLOS BOUSOÑO: LA POESÍA DE VICENTE ALEIXANDRE.

Los estudios monográficos acerca del estilo de un autor están justificados y son aún deseables cuando se enfrentan con una obra excepcional por su profundidad o significación, que requiera explicaciones exhaustivas; o, también, cuando, sin darse esta circunstancia el análisis de aquel puede, por modo de ejemplo, llevar a conclusiones generales acerca del estilo de una escuela o de toda una época, si el universo que define éstas se refleja, diríamos monádicamente, de modo eminente en la obra estudiada. No se da la primera condición en el caso de la obra de Aleixandre, pues no podría sostenerse honradamente que ésta destaque muy por encima de la de los poetas de su generación, ella, sí, verdaderamente excepcional; en cambio, es cierto que se inserta en la línea, si no de la poesía más viva, sí, por lo menos, de la poética, que más intensamente ha sentido el problema de la poesía de nuestros días: la búsqueda de la "verdad" poética la línea del surrealismo.

No se ha puesto bastante de relieve que en su búsqueda del "sentimiento auténtico", el romanticismo es el antecedente necesario del simbolismo, y éste (en cuyos círculos aparece por vez primera la cuestión del silencio como expresión auténtica del sentimiento), preparación y fundamento del surrealismo y de lo más peculiar de la poesía toda de nuestros días. En este sentido, Rimbaud, con su "*recherche de la vérité dans une âme et dans un corps*", de un lado, y con su "*chasse spirituelle*"—su obra, del otro, es a la vez punto de llegada y de partida. El "*surréalisme*", como escuela, hereda el problema de Rimbaud, pero no llega a comprender la solución que el mismo aporta en su obra. Así trata de hallar aquella verdad en la pasividad sin fondo de los estados corporales; tentativa

contradictoria, pues la poesía es irremediablemente una actividad idealizante y totalizadora. (Para evidenciar con un ejemplo máximo, que el problema no era particular de una "escuela", sino que era y sigue siendo el problema mismo de la poesía a partir del último cuarto del siglo XIX, nos bastará citar a Maragall, cuya teoría de "la paraula viva" es, ¡mutatis mutandis!, expresión de aquél, exactamente paralela a la del surrealismo.)

La solución estaba... en la evasión en lo que Bousoño ha caracterizado exactamente en nuestra época como "fenómeno visionario". Mientras Bréton y sus secuaces proseguían a Rimbaud, haciéndose "*l'âme monstrueuse*" "*s'implantant et se cultivant des ver-rues sur le visage*", en España, la poesía superrealista obtenía frutos espléndidos con "Sobre los ángeles", de Alberti; "Poeta en Nueva York", de Lorca, con Cernuda, Diego tal vez (si damos al término una amplitud suficiente), con el chileno Neruda y su "Residencia en la tierra" y recientemente con "Hijos de la Ira", de Dámaso Alonso. Por supuesto, también con Aleixandre (el único que pasó por la etapa de "l'informe" con "Pasión de la tierra"), a partir de "Espadas como labios".

El penetrante análisis de Bousoño nos introduce inmediatamente in medias res. Pues es en los tres tipos que él define, el símbolo la imagen visionaria, y especialmente la visión, de las figuraciones imaginativas empleadas por Aleixandre, que el carácter total visionario de su poesía alcanza valor paradigmático de la poética de toda una época. El desmontaje técnico que lleva a cabo Bousoño, en unas pocas páginas, de los tipos señalados es extraordinariamente preciso y convincente. Lo es igualmente el de sus complicaciones externas e internas, dilucidadas con un sentido ejemplar de lo que importa en esta clase de estudios: definir tipos con claridad y rigor tales

que los esquemas obtenidos puedan ser aplicados sin mayor complicación en todos los casos. Sin duda, queda siempre mucho por explicar, pero esta discreción misma es un mérito cuando nada esencial ha sido omitido.

En la segunda parte se estudia el versículo de Aleixandre, y también los resultados aquí obtenidos tienen valor general.

Una novedad es la teoría del dinamismo expresivo del verbo, el sustantivo, el adjetivo, etc., que se expone en la tercera parte. Bousoño descubre en verbos y sustantivos un valor dinámico positivo (acelerador del período); en adjetivos y adverbios, que sirven únicamente para matizar a las nociones que transportan los sustantivos y los verbos, un dinamismo negativo. *A esto se reduce la teoría general, que es inmediatamente aplicada a los poemas de Aleixandre.* Si se añade que los verbos subordinados no valen igual que los principales y aun pueden llegar a retardar la expresión, y que las reiteraciones funcionan como adjetivos y adverbios, retardando excepto cuando están ordenadas en gradación climática, se completa lo esencial de una teoría que tiene, sin duda, alcance general. A mi juicio, sin embargo, Bousoño no interpreta bien el sentido del poema que toma como ejemplo de técnica dilatoria, *Mano entregada*, de "Historia del corazón" (inédito). Creo que el tema de la segunda y tercera estrofa es la cópula amorosa, y, en tal caso, la reiteraciones que señala Bousoño como dilatorias serían, por el

contrario, un caso de gradación climática, es decir, un ejemplo de técnica de aceleración.

Es excelente también el análisis de las peculiaridades de la sintaxis aleixandrina. Es evidente que los resultados aquí obtenidos no pueden tener valor general, pero la originalidad de algunos usos aleixandrinos da un interés especial a esta parte.

Creemos que el estudio de la técnica de composición poética de Aleixandre tiene casi valor de testimonio. En todo caso, lo que nos dice Bousoño está psicológicamente de acuerdo con el sentido general "visionario" de la obra estudiada. Aleixandre, no sólo nos da visiones, sino que nos ofrece sus visiones. El análisis de un tipo muy frecuente de estructuración de los poemas, *de ritmo ternario (planteamiento desarrollo creciente y final o culminación)*, completa la quinta parte.

La obra termina con una exposición rápida del contenido de la obra toda de Aleixandre, su "visión del mundo" y unas someras indicaciones acerca de sus fuentes.

No se comprende que en la bibliografía del poeta se hayan omitido los romances de guerra publicados durante nuestra contienda, pues si por una parte la más elemental objetividad requería citarlos, por otra a estas alturas académicas, las posiciones de Aleixandre parecen estar bien aseguradas.

Pero ésta es una cuestión de detalle que, naturalmente, no puede afectar en lo más mínimo al valor de este estudio admirable.

J. F.

PREMIO «FERNANDO EL CATÓLICO»

El Presidente de la Institución «Fernando el Católico» nos envía las siguientes bases con el ruego de que las publiquemos. Cosa que hacemos gustosamente.

1.^a La Institución "Fernando el Católico", de la Excm. Diputación Provincial de Zaragoza, instituye el premio "Fernando el Católico" para premiar estudios históricos en torno a la figura de su egregio Patrono.

2.^a El premio será de 50.000 pesetas y se adjudicará en solemnes ocasio-

nes acordadas por la Institución "Fernando el Católico"; la primera de ellas será en el año 1952, con ocasión del Centenario de nuestro Rey titular.

3.^a Los trabajos presentados a las convocatorias del premio deberán ofrecer relevante mérito científico, rigor crítico histórico y justificación documental amplia, no admitiéndose los de carácter general, síntesis y, en general, cuantos carezcan de aportaciones originales.

4.^a No podrán premiarse obras ya premiadas en concursos anteriores de cualquier Institución o subvencionadas por alguna entidad.

5.^a Las obras que aspiren al premio "Fernando el Católico" podrán ser inéditas o editadas en un período de tiempo no superior a cinco años antes de la convocatoria a que se presenten. Las obras inéditas se presentarán escritas a máquina, en papel folio por una sola página y a doble espacio, convenientemente encuadradas y designadas por un buen lema. El nombre del autor se consignará en sobre cerrado no transparente, lacrado sin marca especial, en cuyo exterior figure el lema.

6.^a Las obras se presentarán, dentro del plazo de convocatoria, en la Secretaría de la Institución "Fernando el Católico", Isaac Peral, 3, 1.º, Zaragoza, que extenderá recibo de entrega, si ésta se hiciera personalmente.

7.^a Las obras presentadas podrán ser de cualquier autor nacional o extranjero, siempre que el texto de las mismas esté redactado en español.

8.^a El Consejo de la Institución "Fernando el Católico" nombrará una ponencia encargada de estudiar y fallar cada convocatoria del premio, integrada por los mismos consejeros de la Institución y especialistas extraños a la misma que en cada caso crea oportuno designar.

9.^a El fallo de la ponencia, con la aprobación del Consejo de la Institución, se hará público en la primera sesión solemne que ésta celebre. La ponencia podrá proponer, caso de no adjudicar el premio, la concesión de accésit.

10.^a El trabajo premiado, caso de ser inédito, quedará propiedad de la Institución "Fernando el Católico", y se reservará el derecho a editarlo durante los dos años siguientes a la concesión del premio; tras estos dos años continuará con este derecho mientras el autor no lo edite por su cuenta; pasados los dos años, si el autor desea editar el trabajo premiado, deberá comunicarlo previamente a la Institución, y entregará a la misma cincuenta ejemplares de la edición.

11.^a Los trabajos no premiados podrán retirarse de la Secretaría de la Institución durante los seis meses siguientes a la publicación del fallo de cada convocatoria, previa identificación de su personalidad; pasado este plazo, quedarán en propiedad de la Institución. Si se trata de obras editadas presentadas a la convocatoria, quedarán en todo caso propiedad de la Institución.

12.^a Cuando la Institución edite por su cuenta la obra inédita premiada, el autor viene obligado a realizar los trabajos necesarios para la edición definitiva dentro del plazo que se le señale, y a aceptar las adiciones o modificaciones que se estimen complemento necesario.

El plazo de admisión de trabajos terminará a las 12 horas del día 10 de junio de 1952.

Zaragoza, enero de 1951.



En la Sección 3.ª encontrará el lector, como es habitual, crónica, crítica y bibliografía.

Agradecemos a todos nuestros comunicantes el interés que demuestran por esta publicación. Algunos son contestados en este número. Para los demás, estudiamos la viabilidad de una sección de correspondencia o de colaboraciones espontáneas.

SANJUAN

ilustra este número 12 de

L A Y E



publicación cultural editada por la
Delegación de Educación Nacional,
Paseo de Gracia, 38, Barcelona.
Director: Eugenio Fuentes Martín

S U M A R I O

1

Págs.

Concepción S. Amor: «El gran pedagogo suramericano Constancio C. Vigil»	3
Emilio Villanueva: «Una nueva dificultad»	15
Francisco Giménez. «Algo más en torno a las Bases de Trabajo»	17

2

Dr. J. Montagut Roca: «Sobre polinacionalismo»	21
José P. de la Puente: «Sobre la democracia liberal»	31
Un poema de Francisco Gali	36
Un soneto de Jaime Ferrán	37
José M. ^a Castellet: «Las técnicas de la literatura sin autor»	39
ENTRE SOL Y SOL (P. Villalpando)	47
Juan E. Blanco: «Divagaciones en torno a la aurio-lada»	52

3

UN MES DE BARCELONA (M. S. L.)	57
CONFERENCIAS. ARTE. CINE.	62
BIBLIOGRAFIA	67